

**RELACIONES ENTRE DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA Y CRECIMIENTO
ECONÓMICO EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO. ESPECIAL
CONSIDERACIÓN A LAS RELACIONES DE COMPATIBILIDAD**

Salvador Pérez Moreno

Dpto. Economía Aplicada (Política Económica)

Universidad de Málaga

Resumen

A lo largo de la historia del pensamiento económico han sido numerosas y muy variadas las opiniones expresadas acerca de la relación entre la distribución de la renta y el crecimiento económico. En este trabajo presentamos una propuesta de clasificación de las distintas posturas esgrimidas, reseñando en cada uno de los apartados considerados los autores que estimamos más significativos. Asimismo, entre las distintas aproximaciones contempladas, nos ocupamos del estudio de las contribuciones realizadas en torno a la propuesta de Kuznets, en la medida en que son éstas las que hasta el presente han gozado de una aceptación más general, y, muy especialmente, de aquellas otras que abogan por la existencia de una relación de compatibilidad entre ambos objetivos, dado que cada vez son más los economistas que se muestran partidarios de esta opción.

Palabras clave: crecimiento económico, distribución de la renta, relaciones, compatibilidad

1. Introducción

La relación entre distribución de la renta y crecimiento económico ha tenido tradicionalmente un escaso protagonismo en los manuales y tratados de la disciplina en comparación con otras paradigmáticas relaciones entre objetivos de política económica. Pero, no es porque esta relación carezca de importancia; de hecho, el tratamiento conjunto del crecimiento y la distribución constituye un aspecto capital de cara a mejorar las condiciones de vida de la humanidad.

La explicación de esta situación puede apoyarse en tres pilares, fundamentalmente. En primer lugar, cabe decir que el mismo interés que despierta este tema, que desborda el campo estrictamente científico y alcanza el político y social, puede condicionar, en cierta medida, el tratamiento de esta relación. En segundo lugar, debemos tener presente que «nos encontramos ante una tarea compleja, en la que interactúan cambios demográficos, económicos e institucionales» (Ayala, Martínez y Ruiz-Huerta, 1996, p. 328). Por último, y quizás sea esta cuestión la más importante, no se ha logrado aún una base común que pueda utilizarse como soporte de los análisis efectuados, dada las diferentes opiniones y metodologías aplicadas por los distintos autores que se han acercado al tema.

A pesar de estas dificultades, son muchos los investigadores que han abordado esta relación, defendiendo hipótesis muy variadas y obteniendo conclusiones igualmente divergentes. Algunos de ellos han estudiado la relación de manera expresa, mientras que otras posturas adoptadas no necesariamente se han planteado bajo el análisis de las relaciones entre distribución de la renta y crecimiento económico, si bien sus teorías encierran interesantes implicaciones en este sentido. A este respecto, podrían destacarse algunas de las interpretaciones realizadas acerca del crecimiento económico y el desarrollo a lo largo de la historia.

Si nos remontamos al pensamiento económico de la antigüedad, en la antigua Grecia ya se pueden encontrar ciertos antecedentes del análisis de la relación entre crecimiento y distribución de la renta en *La República* de **Platón**. Posteriormente, algunos autores musulmanes, tales como **Averroes** (siglo XII) e **Ibn Jaldún** (siglo XIV), al igual que determinados escritores mercantilistas, también realizaron ciertas aportaciones a la relación

que nos ocupa, si bien desde una perspectiva acorde con las ideologías y circunstancias de cada momento.

Si seguimos avanzando en este viaje en el tiempo, conviene citar a **Adam Smith** y **Carlos Marx**, autores tan paradigmáticos como distintos, que se ocuparon en cierta medida del tema. Todavía en el siglo XIX, **Alfred Marshall**, abordó esta cuestión con el optimismo de que hizo gala el pensamiento neoclásico. Ulteriormente, el propio **J. M. Keynes**, fijaría en su trascendental *General Theory* su posición acerca de la influencia de la distribución de la renta en el crecimiento económico, al tiempo que su contemporáneo **J. A. Schumpeter** proponía una teoría del desarrollo económico capitalista, con relevantes conclusiones sobre la relación entre crecimiento y distribución de la renta.

Pero no es hasta la segunda mitad del siglo XX cuando proliferan los autores que estudian esta relación, concediéndole la importancia que ésta merece dentro de la disciplina económica. En este sentido, constituye una referencia obligada la aportación de **Simon Kuznets**, Premio Nobel de Economía en 1971, cuya posición ha sido durante muchos años la más aceptada en la literatura, hasta el punto de que ha llegado prácticamente a eclipsar a todas las demás.

El éxito de la conocida como «hipótesis U» de Kuznets ha consistido en su capacidad para generar un intenso esfuerzo por parte de otros investigadores por aportar una base empírica más amplia y rigurosa, así como un sustrato teórico consistente que explicase las evidencias que parecían desprenderse de la realidad.

Sin embargo, no podemos dejar en el olvido las aportaciones, no menos valiosas, de otros autores de reconocido prestigio. Así, por ejemplo, encontramos a **Gunnar Myrdal** y **Raúl Prebisch**, insignes figuras de las escuelas institucionalista e estructuralista, respectivamente, que estudiaron el problema de las desigualdades sociales en los países menos desarrollados como una de las causas que llevan a la postración económica.

En las últimas dos décadas y, especialmente, en los años noventa, la relación entre crecimiento y distribución de la renta ha constituido un campo de estudio e investigación que ha despertado un enorme interés entre los economistas. Cada vez más autores se preocupan por mejorar el bienestar colectivo en términos de crecimiento y equidad, sobre todo, ante la

posibilidad de alcanzar ambos objetivos de política económica conjuntamente. Asimismo, instituciones del calibre del **Banco Mundial** o la **Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)** también han dedicado grandes esfuerzos al respecto, dada la importancia intrínseca que esta relación suscita desde una perspectiva completa del desarrollo.

2. Clasificación de las aportaciones

Son muchas las opiniones expresadas acerca de la relación que nos atañe, y no siempre en una misma línea de pensamiento. Así, parece oportuno contar con una clasificación que nos permita agrupar las distintas posturas esgrimidas en torno a la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico.

Entre las diferentes posiciones de los economistas al respecto, cabe diferenciar las siguientes aproximaciones:

- a) Relación de incompatibilidad
 - a.1) El crecimiento requiere una cierta desigualdad en la distribución
 - a.2) El crecimiento genera desigualdad por su propia dinámica
- b) Relación de compatibilidad
 - b.1) Unidireccional
 - b.1.1) El crecimiento económico favorece la equidad
 - b.1.2) La equidad favorece el crecimiento
 - b.2) Bidireccional
 - b.2.1) Intrínseca: crecimiento económico y equidad se refuerzan mutuamente
 - b.2.2) Inducida: determinados elementos favorecen el crecimiento y la equidad conjuntamente
- c) Relación de incompatibilidad tendente a compatibilidad
 - c.1) El crecimiento requiere una cierta desigualdad que luego se corrige
 - c.2) El crecimiento genera desigualdad y más adelante estimula la equidad

- d) Relación de independencia
- e) Relación indeterminada

Una idea muy difundida en nuestra sociedad presenta la distribución de la renta y el crecimiento como **objetivos incompatibles**. Es decir, debemos sacrificar uno de ellos para obtener éxito en el otro. Con tales puntos de vista, podemos encontrar distintos planteamientos según la prelación que cada persona otorgue a cada uno de los objetivos. De este modo, mientras que algunos muestran su principal preocupación por las desigualdades, dejando en un segundo plano el crecimiento de la economía, otros optan claramente por el crecimiento, tolerando las desigualdades existentes y esperando mejoras colectivas en un futuro. En un término medio, se pueden elegir soluciones de compromiso, sacrificando en una determinada proporción tanto uno como otro objetivo o, bien, centrar las preferencias alternativamente en cada uno de ellos.

En cualquier caso, en las justificaciones presentadas en apoyo de la relación de incompatibilidad cabe diferenciar, por un lado, aquellos que consideran que la desigualdad en la distribución es un requisito para el crecimiento, entre los que figuran autores como J. S. Mill o Kaldor, y por otro lado, aquellas otras opiniones que, con la visión marxiana del crecimiento económico capitalista a la cabeza, abogan por el tratamiento opuesto, es decir, la propia dinámica de crecimiento es la que genera una desigualdad creciente independientemente de la situación de partida.

Sin embargo, para otros economistas que no comulgan con la posición anterior, una acusada desigualdad puede tener repercusiones negativas de distinto índole, como la contracción de la demanda o la aparición de tensiones sociales, con la subsiguiente repercusión en el crecimiento. En este sentido, «una estrategia de crecimiento basada en las desigualdades grandes y crecientes del ingreso puede no ser en realidad más que un mito oportunista destinado a perpetuar los intereses creados y a mantener el *statu quo* de las élites económicas y políticas [...], a menudo a costa de la gran mayoría de la población» (Todaro, [1977] 1982, pp. 255-256).

Así, existe un grupo cada vez más numeroso de compañeros de profesión que defienden la existencia de una **relación de compatibilidad** entre crecimiento y distribución de la renta.

Éstos entienden que el proceso de crecimiento económico va acompañado de un aumento de la equidad en la distribución de la renta.

Ahora bien, bajo esta concepción podemos agrupar las posiciones adoptadas por los autores en dos apartados. En primer lugar, aquellos que consideran que existe una relación de compatibilidad que podemos denominar **unidireccional**, donde cabe distinguir, a su vez, dos planteamientos según se estime que el crecimiento económico o la equidad favorece al otro elemento. Por otra parte, señalamos la posibilidad de concebir que el crecimiento económico y la equidad se refuerzan mutuamente. En este caso, podemos hablar de la existencia de una relación de compatibilidad **bidireccional** entre distribución de la renta y crecimiento económico, discriminando, a su vez, en función de que dicha relación ostente un carácter intrínseco o responda a la existencia de determinados elementos que favorecen a ambos objetivos conjuntamente.

Pero la tesis que ha contado con más adeptos entre los investigadores ha sido aquella que considera la existencia de una **relación de incompatibilidad tendente a compatibilidad** entre la distribución de la renta y el crecimiento, a raíz de la obra de Simon Kuznets y la copiosa literatura que ésta ha generado intentando confirmar o rebatir su famosa «hipótesis U». En una línea próxima, podríamos citar algunas de las teorías acerca del desarrollo económico que se han presentado a lo largo de la historia del pensamiento económico -entre las que destaca las aportaciones de Schumpeter, Rostow, Lewis y Rosenstein-Rodan-, ante la perspectiva que éstas adoptan en lo que a crecimiento y distribución de la renta se refiere, si bien la intención inmediata no era estudiar esta relación. Una característica común que presentan estos modelos es el requerimiento de una cierta desigualdad en la distribución de la renta para que tenga lugar el proceso de crecimiento, aunque posteriormente la situación tiende hacia una mayor igualdad.

Otros autores, incluso, consideran la existencia de una **relación de independencia** entre los objetivos, aunque empleando ópticas diferentes. Así, p. ej., mientras que Adam Smith ([1776] 1983, p. 202) viene a señalar que sea cual sea el nivel de crecimiento o la estrategia del mismo la distribución de la renta permanece invariante, Solow (1956) propone en su modelo neoclásico del crecimiento que la distribución de la renta no afecta directamente al crecimiento económico, bajo el supuesto de que la propensión a ahorrar de una economía es constante e igual para todos los agentes.

Sin embargo, a nuestro juicio, esta postura difícilmente puede ser mantenida en la actualidad, ya que las técnicas estadísticas disponibles nos han permitido conocer las diferencias que existen entre unos y otros países en relación con las variables económicas que representan estos objetivos, así como las correlaciones existentes entre las mismas.

Ante esta amalgama de opiniones no es extraño que algunos investigadores se muestren escépticos sobre la relación existente entre crecimiento económico y distribución de la renta, por lo que consideran que **no es posible determinar el tipo de relación** que liga estas magnitudes, aduciendo para ello la multiplicidad de planteamientos distintos que se han realizados y la falta de evidencia suficiente para afirmar la existencia de una relación concreta. Así, algunos autores piensan como **Danzinger y Gottshalh** (1989, pp. 84-85), en el sentido de que «desafortunadamente, no está claro cual es el impacto del crecimiento sobre la desigualdad y la pobreza, ni teórica ni empíricamente», o bien, como **Iglesias** (1998, p. 13), al afirmar que «la relación final entre crecimiento y distribución de la renta depende de la estructura de la economía y de la estrategia de crecimiento. En otras palabras, la relación es ambigua y depende de las condiciones particulares de cada país».

De todos modos, en algunos casos no resulta fácil adscribir a un autor a uno u otro grupo, de forma excluyente, ya que las ideas defendidas puede que no se expresen claramente e, incluso, el mismo autor puede, en ocasiones, contradecirse a sí mismo.

Por otro lado, debemos señalar que las líneas de trabajo seguidas por los investigadores han sido diversas, lo cual puede dificultar la comparación de las conclusiones. Así, son múltiples las medidas empleadas para conocer la distribución de la renta, cada una de ellas con una interpretación diferente. Además, algunas opiniones pueden estar fundamentadas en análisis de carácter exclusivamente teórico, mientras que otras se basan en estudios empíricos de corte transversal o bien temporal aplicado a uno o más territorios, existiendo discrepancias entre las técnicas de análisis empleadas. Por último, cabe considerar el espacio geográfico objeto de estudio, pues son muy diferentes los contextos políticos, económicos y sociales que nos podemos encontrar.

Lejos de pretender elaborar una clasificación exhaustiva, podemos **agrupar las aportaciones más relevantes** que se han presentado sobre la relación entre el crecimiento económico y la distribución de la renta a lo largo de la historia del pensamiento económico

hasta nuestros días, atendiendo a la clasificación propuesta anteriormente. En este sentido, en el Cuadro 1 recogemos los autores que estimamos más significativos de cada uno de los apartados considerados.

CUADRO 1
CLASIFICACIÓN DE LAS PRINCIPALES APORTACIONES A LA RELACIÓN
ENTRE DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA Y CRECIMIENTO ECONÓMICO

Relación de Incompatibilidad		El crecimiento requiere una cierta desigualdad en la distribución	Mill, Harrod-Domar, Kaldor, ...
		El crecimiento genera desigualdad por su propia dinámica	Marx, Boeke, Myint, Rajaraman, Furtado, D.V.Smith, ...
Relación de Compatibilidad	Unidireccional	El crecimiento económico favorece la equidad	Marshall, ...
		La equidad favorece el crecimiento	Keynes, Hansen, Prebish, Myrdal, Todaro, Elkan, Persson, Tabellini, Alesina, Rodrik, Drazen, Perotti, Park, Chatterjee, Tsiddon, Larraín, Vergara, Kliksberg, Solimano, Birdsall, Sabot, Navarro, Sen, ...
	Bidireccional	Intrínseca: crecimiento económico y equidad se refuerzan mutuamente	Banco Mundial y CEPAL (años noventa), ...
		Inducida: determinados elementos favorecen el crecimiento y la equidad conjuntamente	Banco Mundial y CEPAL (inicios siglo XXI), ECB (1998b), ...
Relación de Incompatibilidad tendente a Compatibilidad		El crecimiento requiere una cierta desigualdad que luego se corrige	Schumpeter, Rostow, Lewis, Rosenstein-Rodan, ...
		El crecimiento genera desigualdad y más adelante estimula la equidad	Kuznets, Ahluwalia, Adelman, Morris, S. Robinson, Paukert, Campano, Salvatore, Bourguignon, Morrison, Randolph, Lot, Ogwand, Park, Brat, Ram, Milanovic, Jha, Eusufzai, Barro, ...
Relación de Independencia		No existe ningún tipo de relación entre crecimiento y distribución	A. Smith, Solow, ...
Relación Indeterminada		Falta de evidencia suficiente para afirmar una relación concreta	Danzinger, Gottshalh, Iglesias, Deininger, Squire, Fields, Ruiz, ...

Fuente: Elaboración propia

En relación con la clasificación descrita más arriba, debemos dejar sentado que la misma está basada en la propuesta por el profesor García Lizana en 1995 (ver Martín Reyes *et al.*, 1995), si bien hemos introducido importantes modificaciones al respecto, especialmente en lo que concierne a la relación de compatibilidad. En este sentido, en lugar de considerar tres alternativas dentro de la relación de compatibilidad, hemos discriminado dos categorías, compatibilidad unidireccional y bidireccional, distinguiendo, a su vez, dos subcategorías en cada caso. Por otro lado, hemos tenido en cuenta la posibilidad de que exista una relación indeterminada entre distribución de la renta y crecimiento económico, de acuerdo con la opinión vertida por algunos autores.

Entre las distintas aproximaciones reseñadas, en este trabajo nos ocuparemos del estudio de las aportaciones más relevantes manifestadas a lo largo de la historia del pensamiento económico hasta la actualidad que abogan por la existencia de una **relación de compatibilidad**, concentrando nuestros esfuerzos en el estudio de la relación entre crecimiento económico y distribución personal de la renta, sin perjuicio de que, en ciertas ocasiones, hagamos cierta alusión a las restantes perspectivas que suelen emplearse para analizar la distribución de la renta -funcional, espacial y sectorial-, dadas las correspondencias existentes entre las mismas. El interés por esta opción radica esencialmente en la importancia que la misma está cobrando en los últimos años en la literatura económica.

No obstante, tendremos igualmente en cuenta, y en primer lugar, las contribuciones realizadas en torno a la **relación de incompatibilidad tendente a compatibilidad de Kuznets**, en la medida en que dichas propuestas presentan argumentos en favor de la relación de compatibilidad en el segundo tramo de la relación, y dado que son las que hasta el presente han gozado de una aceptación más general.

3. Relación de incompatibilidad tendente a compatibilidad: el crecimiento genera desigualdad y más adelante estimula la equidad

El discurso presidencial de **Simon Kuznets** a la *American Economic Association*, publicado en *American Economic Review* en 1955, es el primer estudio en el que este autor articuló los mecanismos mediante los cuales el crecimiento afecta a la desigualdad en la distribución de la renta, formulando lo que se ha dado en llamar la «**hipótesis U**». Con posterioridad, Kuznets profundizó en su tesis (Kuznets, [1966] 1973), apoyándose en una

ambiciosa empresa consistente en recopilar y analizar los datos disponibles en torno al *crecimiento económico moderno* (crecimiento en el periodo transcurrido desde mediados del siglo XVIII a la actualidad), con el fin de observar si aumenta o disminuye la desigualdad en la distribución de la renta a medida que transcurre el proceso de crecimiento económico.

Kuznets obtuvo las mediciones de la distribución de la renta a partir de datos consignados en declaraciones de impuestos correspondientes a nueve países (Reino Unido, Países Bajos, Dinamarca, Noruega, Suecia, Estados Unidos, Prusia, Sajonia y Alemania-Alemania Occidental) pertenecientes a diferentes momentos del siglo XX (hasta 1959) y sólo los registros de cuatro de éstos databan del siglo XIX (siendo el registro más antiguo el correspondiente a 1854, para Prusia) (ver Kuznets, [1966] 1973, pp. 209-213).

Ahora bien, estos hallazgos empíricos, y así los señala el propio Kuznets, no son tan completos como para permitir la formulación de hipótesis analíticas debidamente verificadas. Así, en repetidas ocasiones, el autor manifiesta que las explicaciones aducidas son *ad hoc* y poco rigurosas (ver Kuznets, [1966] 1973, pp. 32-33).

Conforme con el análisis de los datos, percibe una contracción de la desigualdad en la distribución de la renta a raíz de los descensos registrados en la participación de los grupos de cabeza en la renta total; menos marcada si tenemos en cuenta el aumento de la participación de los grupos con ingresos más bajos, si bien la fiabilidad de los mismos es menor. Sin embargo, reconoce que el inicio de la tendencia hacia la reducción de la desigualdad no es claro ni tampoco homogéneo en los distintos países desarrollados. Lo que sí le parece evidente, con todas las reservas apuntadas, es que a partir de la I Guerra Mundial la tendencia es cada vez más acusada hacia una mayor igualdad (ver Kuznets, [1966] 1973, pp. 210-213).

Ante tales apreciaciones, Kuznets suple la falta de datos sobre periodos anteriores que puedan fundamentar el brazo descendente de la U entendiendo que el proceso de crecimiento genera dos tipos de fuerzas, una que lleva a la igualdad y otra hacia la desigualdad, y que las segundas predominan en las primeras fases. Las tendencias reales, por tanto, son el resultado neto de ambas categorías de fuerzas.

Entre los factores que pueden haber repercutido en la disminución de la desigualdad, señala la mayor igualdad observada en el producto por trabajador entre los principales

sectores de la industria; la importancia creciente de los obreros cualificados dentro de la fuerza laboral; la disminución de la importancia relativa de los ingresos derivados de la propiedad, sobre todo a partir de la I Guerra Mundial; y los efectos igualadores de las dos guerras, que destruyeron algunas posiciones establecidas desde hacía mucho tiempo.

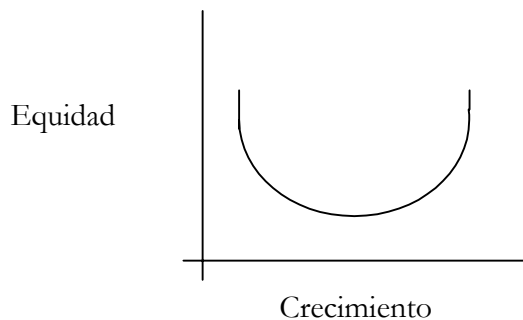
Además, también tiene en cuenta aspectos como la progresiva convicción de que las desigualdades no eran necesarias -y justificadas- para el crecimiento económico a largo plazo y la filosofía igualitaria que acompaña al crecimiento económico moderno¹, que ejerce una presión continua para limitar la desigualdad de la renta. Esto ha supuesto la intervención gubernamental en asuntos tales como la educación, la herencia y el impuesto sobre la renta, la seguridad social, el pleno empleo, etc. (ver Kuznets, [1966] 1973, pp. 215-218).

Por su parte, en cuanto a los cambios que deberían haber sido causa de una más acusada desigualdad apunta, entre otras, las disparidades crecientes entre los sectores no agrarios; el crecimiento de la importancia relativa de las ocupaciones que exigen largos períodos de formación y comportan una mayor desigualdad a lo largo del ciclo vital; la continua emigración a las ciudades, procedente del campo o del extranjero, que puede haber engrosado las capas sociales más desfavorecidas de las urbes; y la mayor divergencia entre las rentas del sector agrario, originada por los cambios tecnológicos que favorecieron claramente a las grandes explotaciones en detrimento de las pequeñas unidades (ver Kuznets, [1966] 1973, pp. 218-219).

Así las cosas, «parece plausible suponer que en el proceso de crecimiento, los primeros períodos se caracterizan por un saldo de fuerzas encontradas que pueden haber acentuado la desigualdad en la distribución por cuantía de la renta total durante algún tiempo», invirtiéndose este proceso en una etapa relativamente avanzada (ver Figura 1). No obstante, Kuznets apostilla que «esto son conjeturas que, si bien compatibles con los datos existentes, sólo tienen hasta ahora una base empírica imprecisa» (Kuznets, [1966] 1973, pp. 219).

¹ Para Kuznets, *igualitarismo* significa la negación de toda diferencia innata entre seres vivos, a menos que estas diferencias se manifiesten en el desarrollo de la actividad humana (Kuznets, [1966] 1973, p. 15).

FIGURA 1
«Hipótesis U» de Kuznets



Como hemos apuntado más arriba, pese a no contar con evidencias empíricas y explicaciones teóricas convincentes, la tesis de Kuznets ha constituido la piedra angular sobre la que muchos investigadores se han aproximado al tema, si bien, las líneas de trabajo seguidas han sido muy variadas.

Desde un punto de vista especulativo, algunos autores, a partir de las ideas de Kuznets, han tratado de construir un sustento teórico, si bien éste se ha centrado fundamentalmente en los movimientos de personas desde un sector tradicional a otro más moderno. En este sentido, habría que citar, en primer lugar, el famoso modelo económico bisectorial desarrollado por **Robinson** (1976) (ver Martín Reyes *et al*, 1995, pp. 34-35). Sin embargo, hay que esperar a la década de los noventa hasta encontrar nuevas aportaciones, si bien las mismas adoptan ópticas muy variadas.

Así, **Greenwood y Jovanovic** (1990) establecen una explicación equivalente en relación con la existencia de un entorno poco sofisticado financieramente y otro con un sistema financiero moderno. Para estos autores crecimiento y estructura financiera están inseparablemente ligados. El crecimiento provee recursos para desarrollar la estructura financiera, mientras que la estructura financiera, a su vez, proporciona un mayor crecimiento económico en la medida en que permite que la inversión pueda ser acometida con mayor eficiencia.

Greenwood y Jovanovic emplean un modelo que refleja un proceso de desarrollo en el que se puede diferenciar varias situaciones. En las primeras etapas de desarrollo, los mercados financieros de una economía prácticamente no existen y su crecimiento es lento. La estructura financiera empieza a conformarse cuando la economía se aproxima a las etapas intermedias del proceso de crecimiento, en las que la incorporación de los individuos a los mercados

financieros es reducida. Aquí el crecimiento económico y la desigualdad en la distribución de la renta aumentan. Posteriormente, en las etapas de madurez la economía alcanza una amplia estructura de intermediación financiera de la que se beneficiará paulatinamente un mayor porcentaje de la población, lo cual tiende a mejorar la distribución de la renta al tiempo que permite obtener una mayor tasa de crecimiento que en las primeras etapas.

Por su parte, en una de las contribuciones recientes más conocidas, **Anand y Kanbur** (1993a) formalizan la relación entre crecimiento económico y desigualdad teniendo en cuenta seis medidas comunes de la desigualdad en la distribución de la renta. Estos autores sostienen que, *ceteris paribus*, si se produce un trasvase completo de población desde un sector hacia otro más rico y desigual, y no varía la relación entre las rentas sectoriales, aplicando algunas reglas matemáticas establecidas se concluye que la desigualdad aumenta al principio y se reduce al final si la renta *per capita* del sector receptor es suficientemente más alta y su distribución no mucho más desigual que las del sector de origen; mientras que en caso de que no se cumplan estas premisas la desigualdad aumenta cada vez menos durante todo el proceso.

Vicente Perdiz y Borge González (2000) han llevado a cabo una extensión de la teoría de Anand y Kanbur en la que concluyen que, *ceteris paribus*, si se produce un trasvase completo de población desde un sector tradicional hacia un sector moderno más rico, ya sea más o menos desigual, la desigualdad aumenta al principio y se reduce después, ralentizándose este descenso al final, si los sectores tienen rentas *per capita* lo suficientemente diferentes y/o distribuciones lo suficientemente semejantes. En este proceso, la desigualdad máxima será menor cuanto mayor sea el crecimiento insesgado de las rentas sectoriales.

En relación con este tipo de modelos, cabe apuntar que Deininger y Squire (1998, p. 275) introducen una crítica importante, al aducir que en los modelos de Robinson (1976) y Anand y Kanbur (1993) los niveles de productividad en ambos sectores -y así implícitamente el crecimiento- son exógenos, de forma que la acumulación de capital humano no interviene en la determinación de los salarios.

Por otro lado, una aproximación diferente es aquella que identifica el sector tradicional con aquel que cuenta con una tecnología antigua y el sector moderno con aquel que emplea

las más recientes y avanzadas técnicas (ver **Aghion y Howitt**, 1997; **Galor y Tsiddon**, 1997; **Helpman**, 1997). La movilidad de un sector a otro requiere un proceso de familiarización y formación. En este contexto, muchas innovaciones tecnológicas -tales como los avances informáticos y telemáticos- tienden inicialmente a aumentar la desigualdad. La explicación aducida es que inicialmente pocas personas participan en las rentas relativamente altas del sector avanzado tecnológicamente. Paulatinamente, la gente empieza a moverse a este sector favorecido, aumentando la desigualdad a medida que se incrementa el producto *per capita*. Pero, subsiguientemente, como cada vez más personas se aprovechan de estas innovaciones, la desigualdad tiende a disminuir.

De acuerdo con estas teorías, el nivel de desigualdad en la distribución de la renta dependería del tiempo que hace que las nuevas innovaciones tecnológicas se introdujeron en la economía. Ahora bien, si el nivel de PIBpc no está estrechamente relacionado con esta historia tecnológica, la curva de Kuznets convencional no se ajusta bien. Esta curva solamente tendría un buen ajuste en la medida en que un alto nivel de PIBpc signifique que un país ha introducido tecnología avanzada o técnicas de producción modernas en fechas relativamente recientes (**Barro**, 1998, pp. 8-10).

De todos modos, es en el ámbito de las **aportaciones empíricas** donde encontramos un número más elevado de autores. Aunque Kuznets se refiere a un estudio de carácter temporal para un amplio periodo de tiempo referente a varios países, los experimentos realizados han sido de diversa índole. La mayor parte de los autores han realizado análisis comparativos de la distribución de la renta en países con distintos niveles de crecimiento, si bien otros han utilizado datos cronológicos relativos a distintos territorios.

Entre el rosario de contrastes empíricos de **carácter transversal** que han intentado corroborar la hipótesis de Kuznets, cabe destacar los siguientes trabajos: Kravis (1960), Oshima (1962), Adelman y Morris (1973), Paukert (1973), Ahluwalia (1974, 1976a, 1976b), Chenery y Syrquin (1975), Cline (1975), Lydall (1977), Ahluwalia, Carter y Chenery (1979), Fields (1980), Saith, (1983), Bigsten (1984), Lecaillon, *et al.* (1984), Lindert y Williamson (1985), Papanek y Kyn (1986), Ram (1988), Adelman y Robinson (1988), Campano y Salvatore (1988), Bourguignon y Morrison (1989, 1990), Anand and Kanbur (1993b), Gradstein y Justman (1994), Bourguignon (1994), Milanovic (1995), Jha (1996), Eusufzai, Z. (1997), Li, Squire y Zou (1998) , Deininger y Squire (1998) y Barro (2000).

Por su parte, aunque los **estudios temporales** no son tan abundantes en la literatura - ante la escasez y dudosa calidad de datos longitudinales adecuados sobre desigualdad en la distribución de la renta, sobre todo en los países menos desarrollado-, muchos autores han tratado de contrastar la tesis de Kuznets desde esta óptica, tal como lo hiciera el propio Premio Nobel. Así, podemos citar, entre los trabajos más destacados, los siguientes: Weisskoff (1970), Fei, Ranis y Kuo (1978), Fields (1980, 1991), Williamson y Lindert (1980), Williamson (1985), Papanek y Kyn (1986), Londoño (1990), Dumke (1991), Thomas (1991), Niroomand y Nissan (1996), Deininger y Squire (1996, 1998), Li, Squire y Zou (1998), Barro (2000).

En términos generales, estos estudios muestran que **la «hipótesis U» de Kuznets funciona mejor en el caso de los estudios transversales que en aquellos que tienen en cuenta la evolución de la desigualdad a lo largo del tiempo** (ver, p. ej., Li, Squire y Zou, 1998 y Barro, 2000).

No obstante, las conclusiones que se desprenden de la mayoría de las investigaciones no parecen confirmar muy de cerca la hipótesis de Kuznets, aunque algunos autores se empeñan en afirmar que sus datos son concordantes con la misma, para lo cual no dudan en introducir ciertas matizaciones en sus interpretaciones que, en ocasiones, se nos antojan bastante forzadas.

A este respecto, cabe traer a colación la revisión que realiza **Fields** (1995, p. 74) en relación con las principales aportaciones empíricas disponibles hasta la fecha, en la que alcanza importantes conclusiones acerca de validez de la curva de Kuznets:

a) En los trabajos de corte transversal, los investigadores han encontrado generalmente mayor desigualdad en los países de renta media que en los países más ricos o en los más pobres, apareciendo, de esta forma, la «hipótesis U» en los análisis de este tipo.

b) Aunque la U invertida ajusta los datos de corte transversal mejor que cualquier otra curva, la variable empleada como indicador del crecimiento económico apenas explica una pequeña parte de las variaciones en la desigualdad de la renta.

c) La U invertida de corte transversal aparece debido al método econométrico concreto utilizado. Si se utiliza la estimación de efectos directos en lugar de los mínimos cuadrados

ordinarios, la forma de U invertida desaparece y se muestra que la desigualdad también disminuye en los países en vías de desarrollo.

d) La U invertida del corte transversal surge porque, por razones que no tienen nada que ver con el crecimiento económico, los Estados con mayor desigualdad son los países latinoamericanos de renta media.

e) Desde un punto de vista temporal, se ha encontrado la U invertida en la historia económica de algunos países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Pero esto sucede tan sólo en un pequeño número de casos, mientras que en la mayoría de ellos, el patrón dominante durante el siglo XX es una disminución en la desigualdad².

f) La hipótesis de Kuznets lleva a la predicción de que la desigualdad disminuiría más a menudo en los «países en vías de desarrollo con renta alta» que en los «países en vías de desarrollo con renta baja». Pero la realidad muestra que la desigualdad aumenta y disminuye con una frecuencia parecida en ambos grupos de países.

En conjunto, estos hallazgos demuestran que la «hipótesis U» no es una característica empírica general. Fields recuerda, al respecto, una afirmación propia realizada quince años atrás y que sigue teniendo validez: «El crecimiento en sí mismo no determina la trayectoria de la desigualdad de un país. Más bien, el factor decisivo es el tipo de crecimiento económico determinado por el ambiente en el que ocurre el crecimiento y las decisiones políticas adoptadas» (Fields, 1980, p. 94).

Algo parecido podemos encontrar en las conclusiones que se desprenden de la amplia base de datos que han elaborado **Deininger y Squire** (1996) sobre la distribución de la renta.

A partir de esta fuente estadística, estos autores se ocupan del estudio de la relación existente entre los cambios en el PIBpc y la desigualdad en la distribución de la renta en distintos períodos decenales de la segunda mitad del siglo pasado.

² Fields (1995, p. 67) arguye que los datos del siglo XX utilizados por la mayoría de los autores no proporcionan un test justo de la hipótesis de Kuznets, puesto que estos datos no empiezan hasta después de que el proceso de industrialización se encontraba en un estado avanzado. La conclusión planteada no rechaza la posibilidad de que la «hipótesis U» pueda ser una descripción válida si se pudiesen incluir los datos del siglo XIX.

Entre los resultados obtenidos, cabe reseñar dos aspectos (ver Cuadro 2). En primer lugar, se aprecia que no existe una relación sistemática entre crecimiento económico y la desigualdad en la distribución de la renta. Los períodos de crecimiento en el PIBpc están asociados casi en tantos casos con un incremento de la desigualdad (43 casos) como con un descenso de la misma (45 casos). Similarmente, los períodos de declive económico están asociados con incrementos de la desigualdad en 5 casos y con una distribución más equitativa en otros 2. Así, Deininger y Squire concluyen que estos datos no sugieren la existencia de alguna relación definida entre crecimiento económico y la desigualdad en la distribución de la renta (medida por el índice de Gini).

Estos autores arguyen que una de las principales explicaciones de esta falta de relación parece estar en que, mientras el PIBpc aumenta o disminuye en cierta medida, la desigualdad en la distribución de la renta es relativamente estable a lo largo del tiempo, con cambios en el coeficiente de Gini de escasa cuantía³ (ver Li, Squire y Zou, 1996). No obstante, a nuestro juicio, este argumento no parece demasiado consistente, pues, entendemos que en este caso el dato relevante no es tanto la magnitud de la variación como la tendencia de la misma.

En segundo lugar, se observa que, pese a no existir una relación significativa entre crecimiento económico y los cambios en la desigualdad, hay una fuerte correlación entre crecimiento y los cambios en los porcentajes de renta de todos los quintiles excepto el de mayor renta. En este sentido, los autores encuentran que para la mayoría de los períodos de crecimiento tenidos en cuenta, incluso en aquellos que existe un aumento en la desigualdad, se produce un incremento del porcentaje de renta del cuartil inferior. En concreto, el crecimiento estaba asociado con un incremento de la renta del quintil más pobre en más del 85% de los 88 casos considerados.

³ Sirva como ejemplo los casos de la India o Japón. Mientras que en la India el coeficiente de Gini cambió de 0,36 in 1951 a 0,32 en 1992, en Japón éste lo hizo pasando de 0,37 en 1964 a 0,35 en 1990. En general, cabe decir que entre los 49 países con datos sobre la desigualdad para un período largo de tiempo, solamente 4 mostraron un cambio sustancial en alguna dirección (la desigualdad disminuyó en Francia e Italia, al tiempo que incrementó en China y Nueva Zelanda).

CUADRO 2
CRECIMIENTO, DESIGUALDAD Y POBREZA
(Deininger y Squire, 1996)

Indicador de la distribución de la renta	Períodos de crecimiento (88)		Períodos de declive (7)	
	Distribución de la renta más equitativa	Distribución de la renta menos equitativa	Distribución de la renta más equitativa	Distribución de la renta menos equitativa
Coeficiente de Gini	45	43	2	5
Porcentaje de renta del quintil inferior	77	11	2	5

Fuente: Deininger y Squire, 1996

De esta forma, los datos sugieren que no existe una relación sistemática entre crecimiento económico y los cambios en la desigualdad en la distribución de la renta medidos a través del índice de Gini, si bien existe un fuerte lazo entre crecimiento económico y reducción de la pobreza, dado que el crecimiento beneficia en la mayoría de los casos a las capas menos pudientes, mientras que las recesiones económicas les perjudican en mayor medida que a otros colectivos.

Por otra parte, los propios Deininger y Squire (1998) contemplan la relación entre el crecimiento económico y la desigualdad a lo largo del tiempo en cada uno de los países incluidos en la base de datos. Los resultados alcanzados al respecto son altamente reveladores. Solamente en 5 países -Brasil, Hungría, México, Filipinas y Trinidad y Tobago- de los 49 considerados (en torno a un 10%) puede apreciarse la curva de Kuznets, mientras que en más del 80% de los países no existe una asociación estadísticamente significativa entre desigualdad y crecimiento económico. Previamente a este análisis longitudinal, Deininger y Squire presentan en el citado estudio un contraste transversal en el que se obtienen igualmente unas conclusiones inequívocamente contrarias a la «hipótesis U» de Kuznets.

En definitiva, se puede concluir, a todas luces, que estos estudios ponen de manifiesto que no existen suficientes evidencias empíricas a favor de la propuesta de Kuznets tanto desde una perspectiva temporal como transversal.

No es extraño, pues, que cada vez más economistas distinguidos se cuestionen la validez de la «hipótesis U» de Kuznets, aduciendo la falta de evidencia que rodea a la misma

(ver, p. ej., el documento elaborado por Ferreira (1999) para el *website* del Banco Mundial en su apartado *Desigualdad, pobreza y funcionamiento socio-económico*).

Así las cosas, a nuestro entender, **no parece plausible continuar apoyando una tesis sustentada por endebles apoyos empíricos o, al menos, debemos restringir su validez, como sostienen algunas opiniones relevantes**. En este sentido, cabe recordar las palabras del profesor **Ruiz** en los inicios de la década de los ochenta, cuando afirmaba que, ante un proceso de crecimiento económico, hay que plantear como objetivo la distribución y no hay razones económicas para presentar el proceso descrito por Kuznets como algo inevitable o necesario. Sin embargo, «la hipótesis es útil para prevenirnos de que existen elementos que en una economía en crecimiento operan hacia la desigualdad». Así pues, no debemos aceptarla «como una ley económica, sino para introducir las correcciones de política necesarias a la forma de crecimiento, en términos de un objetivo de distribución» (Ruiz, 1982, p. 122).

4. Relación de compatibilidad

4.1. Compatibilidad unidireccional

En este apartado cabe diferenciar dos planteamientos según se estime el crecimiento como variable explicativa de la distribución o a la inversa.

4.1.1. El crecimiento económico favorece la equidad

Durante los años cincuenta y sesenta en particular, el crecimiento fue el principal objetivo económico de la sociedad. Se pensaba que un crecimiento económico rápido era el que llevaría a la reducción de la desigualdad, ya que sus beneficios se distribuyen ampliamente, de manera que un nivel elevado de vida podría ser alcanzado por todos.

Esta preocupación por la aceleración del crecimiento, a la espera de que éste se encargase de conseguir una mayor igualdad, está en consonancia con el optimismo característico de la *interpretación neoclásica del desarrollo*. Los **economistas neoclásicos** consideran el desarrollo como un proceso de carácter gradual, continuo, acumulativo y armónico, que beneficia generalmente a todos los grupos más importantes de rentas.

Cuidan particularmente la explicación de las ventajas logradas por el trabajo. Así, p. e., sostienen que los progresos técnicos favorecen, no sólo a los capitalistas, sino también a las

clases trabajadoras, en cuanto tiende a elevar los salarios reales en su conjunto: una mejora tecnológica reduce los precios de los productos, estimulando la demanda, lo que llevará consigo un aumento de la contratación de la mano de obra y un incremento de los salarios. De todo lo cual se deriva una mejora de la clase trabajadora por los adelantos técnicos (ver Meier y Baldwin, [1957] 1973, pp. 72-92).

Como puede deducirse, los autores neoclásicos son, en general, optimistas respecto a las posibilidades futuras del desarrollo continuo. **Marshall**, probablemente el más famoso de los autores ingleses de la escuela neoclásica, entendía que no existía razón alguna para cuestionarse la continuidad del progreso económico. En realidad, este optimismo estaba abonado por los mismos hechos ocurridos a lo largo del siglo XIX.

Además, el propio Marshall también pone de relieve que los beneficios del crecimiento alcanzarán antes o después a los grupos más desfavorecidos: «el constante progreso que las clases trabajadoras han experimentado durante el siglo XIX hace concebir la esperanza de que la pobreza y la ignorancia puedan ir extinguiéndose paulatinamente» (Marshall, [1890] 1961, p. 3). Al hilo de esta cuestión se pregunta «si no sería realmente posible que todos los seres vivos iniciaran su existencia con una regular probabilidad de llevar una vida culta, libre de los sufrimientos que la pobreza lleva consigo», y concluye reconociendo que es, precisamente, este tema el que «da a los estudios económicos su principal y más elevado interés»⁴.

Por otro lado, podría traerse a colación los puntos de vista de la **Escuela Marginalista**, pues tienen claras influencias de carácter igualitario. De acuerdo con esta corriente de pensamiento, a medida que aumenta la cantidad poseída de un bien, la utilidad marginal de ese bien tiende a disminuir, por lo que el hecho de poseer una gran cantidad de ellos rebaja la utilidad de los mismos. En este sentido, puede entenderse que «con determinado volumen de

⁴ Aunque para Marshall el proceso de crecimiento económico era un hecho incuestionable, el economista británico reconoce que la desigualdad de la riqueza y especialmente el reducido nivel de los ingresos de las clases más pobres tenían efectos deprimentes sobre la actividad económica ([1890] 1961, p. 720). En este sentido, podríamos entender que Marshall se muestra partidario de una relación de compatibilidad bidireccional. No obstante, hemos decidido incluir su postura en este apartado dado el especial énfasis que Marshall y los autores neoclásicos, en general, muestran en la continuidad y acumulación del desarrollo y en su amplia difusión, al margen de las advertencias que realizan acerca de las consecuencias desfavorables que se desprenden de la desigualdad y la pobreza.

producción, el bienestar económico general aumentará gracias a una distribución más equitativa» según la interpretación de Paukert (1973, p. 109).

Finalmente, cabe recordar que los resultados derivados de muchos de los estudios realizados en relación con la «hipótesis U», incluidos los del propio Kuznets, abogan por la tesis de compatibilidad en la que el crecimiento económico aparece como variable explicativa de la equidad, aunque sea solamente para explicar el brazo ascendente de la U, una vez rebasado el punto mínimo.

4.1.2. La equidad favorece el crecimiento económico

A principios de los años setenta se observó un cambio notable de las opiniones públicas y privadas acerca de las relaciones entre distribución de la renta y crecimiento que modificaba el planteamiento de la cuestión, ante la sospecha de que éste podía no resolver o aún aliviar el problema de la desigualdad por sí solo.

Así, el énfasis principal parecía desplazarse del crecimiento hacia una mayor preocupación por los problemas de la pobreza y la desigualdad. A este respecto, el pakistaní **Mahbub ul Haq** afirmó sucintamente que «se nos enseñó a cuidar de nuestro PNB porque éste se encargaría de la pobreza. Invirtamos esto y ocupémonos de la pobreza, que ésta se encargará del PNB» (Todaro, [1977] 1982, p. 224).

La experiencia sugiere que la equidad en la distribución de la renta puede estimular el crecimiento. En esta línea, la profesora **Martín Reyes y colaboradores** señalan algunos hechos significativos que han acontecido en los últimos decenios (ver Martín Reyes *et al.*, 1995, p. 7):

a) El fracaso de las políticas convencionales de desarrollo de los años sesenta, despreocupadas de los problemas de distribución.

b) Los éxitos conseguidos en el terreno del crecimiento por algunos países que han introducido políticas explícitas a favor de la equidad durante los setenta, ante las recomendaciones del Banco Mundial y la OIT.

c) La mejor resistencia de aquellas economías más igualitarias a los impactos de los múltiples desajustes, y «ajustes» correspondientes, durante los ochenta.

De todos modos, si nos remontamos a tiempos pretéritos, podemos encontrar precursores de esta postura.

Ya en la antigüedad griega, Platón reconocía en *La República* al explicar el tránsito de la «oligarquía» a la «democracia» que la polarización de la sociedad en ricos y pobres tiende a destruir el proceso de creación de riquezas. En este sentido, uno de los argumentos que subraya el autor heleno es la reducción que sufre la población pobre en su capacidad para ser útiles a la comunidad, convirtiéndose en muchos casos en mendigos y pordioseros, en «zánganos desprovistos de agujijón». Más aún. Una parte de este colectivo, sintiéndose agraviados, buscan resarcirse recurriendo a la violencia, al engaño y al delito, convirtiéndose en malhechores, en «zánganos provistos de agujijón» (García Lizana, 2000, p. 304).

Siguiendo a Platón, Averroes en *La exposición de «La República» de Platón* hace hincapié en que nada hay más dañino para la sociedad que la división de la sociedad entre ricos y pobres. El deterioro de tal situación llevará a estos últimos al desánimo, a una mayor pobreza, al rencor, hasta convertirlos en esos zánganos que dibujaba Platón. Por lo que apostilla el filósofo cordobés que el peor mal es hacer de una sociedad varias; y el mayor bien todo aquello que la reúne, cohesiona y unifica (García Lizana, 2000, pp. 308-309).

Asimismo, Ibn Jaldún en su *Introducción a la Historia Universal* considera que el aumento de la desigualdad es uno de los principales desencadenantes de la decadencia económica y social de una sociedad. El tunecino enfatiza la importancia de la *asabiya* o espíritu de unidad social como elemento fundamental de supervivencia y progreso de los pueblos, poniendo de relieve que la existencia de un abismo entre ricos y pobres lleva consigo la aparición de tensiones sociales y la ruptura de la *asabiya* de una comunidad, con las consecuencias negativas que ello conlleva en términos de progreso económico y social (García Lizana, 2000, pp. 311-312).

Por otra parte, a finales del siglo XVI y principios del XVII, algunos **mercantilistas españoles** que se ocuparon del estancamiento y de la decadencia económica, ya reconocían que «la búsqueda de una sociedad más igualitaria [...] no eran sino propuestas políticas y sociales para soltar los frenos que se habían ido poniendo al desarrollo económico de Castilla» (Martín Rodríguez, 1999, p. 378). Los males de la economía española habrían sobrevenido a causa, en otras cosas, de la mendicidad, de la desigualdad de riquezas, de lo

injusto de la distribución de los impuestos y de la inexistencia de una *medianía social* que permitiera disponer de una demanda capaz de consumir los bienes que producía la economía nacional (ver Martín Rodríguez, 1999, pp. 396-397).

En la literatura mercantilista española, algunos *tratadistas políticos* se ocuparon de la mendicidad. Así, **Miguel de Giginta** (1579) propuso crear en cada ciudad importante del reino una Casa de Misericordia, donde se albergaría a los necesitados y se les daría de comer. A cambio, se les obligaba a pedir limosnas y a ocuparse en manufacturas de lana, seda, esparto o en cualquier otra cosa. Pretendía con esto último obligarles a ganarse su propio sustento a fin de que se incorporasen a las tareas productivas, tan necesarias para poner remedio a los problemas de la monarquía. Posteriormente, autores como **Pérez Herrera**, también propusieron medidas para luchar contra las «consecuencias funestas» que acarrea la proliferación de mendigos (ver Martín Rodríguez, 1999, pp. 370-372).

Por su parte, los efectos negativos de las instituciones que favorecían la acumulación de propiedades para usos improductivos, como los mayorazgos, fue objeto de atención permanente por parte de **Saavedra Fajardo** (1640), entre otros escritores políticos, casi siempre para condenarlos como contrarios al desarrollo de la actividad económica (ver Martín Rodríguez, 1999, pp. 373-376).

En cuanto al sistema fiscal vigente en esta época, **López Bravo** (1616-1627) fue tajante al denunciar la injusta distribución de la carga impositiva y sus efectos sobre las actividades económicas: «Inmunes, con derecho o contra derecho, los ricos y más poderosos se sacuden estas cargas sobre los hombros de los más humildes, con gran detrimento del bien público» (Martín Rodríguez, 1999, p. 377).

El ideal de *medianía social* también estuvo presente en muchos escritores, en la búsqueda de una sociedad más justa y que permitiera disponer de una demanda interna suficiente. Además, López Bravo apuntó las consecuencias negativas que se podían derivar de la inestabilidad social propia de una sociedad muy polarizada (ver Martín Rodríguez, 1999, pp. 377-378).

Vistos desde esta perspectiva, los mercantilistas españoles, aunque analizaron con brillantez algunos problemas económicos de su tiempo, donde realmente destacaron fue en su

enfoque de los problemas normalmente asociados al desarrollo económico y en sus propuestas para romper el círculo vicioso del subdesarrollo en el que se vio sumida España.

Al margen de estos apuntes, la primera aportación destacada que aboga por la relación de compatibilidad en la medida en que la equidad favorece al crecimiento la encontramos bien entrado el siglo XX en un autor que precisamente respalda los principales postulados de la teoría mercantilista. Nos estamos refiriendo a las ideas presentadas por **J. M. Keynes**, quién reconoce que las medidas tendentes a redistribuir los ingresos en aras a aumentar la igualdad distributiva pueden estimular el consumo -dado que la población con menos recursos consume una mayor parte de sus ingresos- y la inversión -al mejorar igualmente la expectativa de consumo futuro-. De esta forma, una distribución más igualitaria de la renta incrementa la demanda agregada, y por ende, favorece el crecimiento económico.

Una aplicación interesante de tales puntos de vista puede encontrarse en el modelo de **Hansen** (ver Higgins, [1959] 1970, pp. 149-153 y Martín Reyes *et al.*, 1995, pp. 42-43), en donde O , que indica la producción real (PNB o RN a precios constantes), depende de la inversión total neta (I), siendo k el multiplicador keynesiano: $O = k I$.

Utilizando la fórmula del multiplicador tendremos:

$$O = \frac{1}{\frac{dS}{dO} + \frac{d\tau}{dO}} [I_i(\bar{O}) + I_g + I_a(\bar{L}, \bar{K}, \bar{T})]$$

S - ahorro

\bar{O} - tasa de crecimiento del PNB

τ - impuestos

\bar{L} - tasa de incremento demográfico

I_a - inversión autónoma

\bar{T} - tasa de progreso tecnológico

I_i - inversión inducida

\bar{K} - ritmo de descubrimiento de recursos

I_g - inversión pública

Hansen descompone la inversión total en inversión inducida por el propio crecimiento, inversión pública e inversión autónoma (que es función del ritmo de crecimiento demográfico, del ritmo de descubrimiento de recursos naturales y de la tasa de progreso tecnológico).

Así, pues, el crecimiento puede ser el resultado de las posibilidades ofrecidas a la inversión autónoma y de la inversión pública, condicionada por la presión fiscal y por la propensión a ahorrar. Un incremento del multiplicador, reduciendo los impuestos o redistribuyendo el ingreso, transmitiéndolo de los ahorradores a aquellos que lo gastan, supone un mayor impacto de la inversión en el crecimiento económico. Así las cosas, mayores niveles de equidad se traducirán en una tasa de crecimiento tanto más elevada.

Conviene resaltar que la tendencia del PNB real dependerá, en parte, del nivel de inversión inducida, pero ésta, a su vez, varía con la producción. De este modo, la inversión inducida se introduce en nuestro modelo como una fuerza agravadora o amplificadora cuando ocurra algo más.

Por otro lado, cabe reseñar en este apartado el pensamiento de **Raúl Prebisch**, considerado como la figura más relevante del estructuralismo latinoamericano. Entre sus importantes contribuciones en materia de desarrollo económico, podemos encontrar una serie de implicaciones referidas a la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico.

Así, p. ej., en su obra *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina* (1970) reconoce la necesidad de incorporar al sistema económico a las masas desfavorecidas que sufren un proceso de empobrecimiento y de exclusión social creciente, no sólo por razones políticas y sociales, sino también por imperativos económicos, ya que la implicación de estas capas de la población en el proceso de desarrollo permitiría utilizar el mercado potencial interno que está siendo desaprovechado (ver Prebisch, 1970, pp. 7-8).

Posteriormente, haría especial hincapié en la consideración de la distribución de la renta en la periferia en su obra *Capitalismo periférico. Crisis y transformación* (1981), en la que propone una síntesis entre liberalismo y socialismo. En el tratamiento que Prebisch realiza sobre lo que él mismo denominó capitalismo periférico, esto es, la especial forma en la que el sistema capitalista tiene cabida en el mundo periférico, sostiene que la reducción de la pobreza es una condición para potenciar el crecimiento económico, y no una consecuencia del mismo (ver Zayas, 2000, pp. 78-82).

En este sentido, señala que es absolutamente necesario para estimular el crecimiento económico una mejora de la productividad de los sectores rezagados, para lo cual, la modernización tecnológica es crucial, no sólo por las exigencias de la competitividad internacional, sino también por la necesidad de mejorar la calidad de los empleos y los niveles salariales, especialmente en las capas poblacionales más desfavorecidas. Esta mejora de la productividad requiere asimismo un incremento tanto de la inversión en capital físico como en capital humano.

El autor argentino considera que la variable que en mayor medida contribuye a la inequidad en los ingresos de los ocupados es la diferencia de niveles educacionales. De esta forma, puntualiza la necesidad de avanzar en la igualdad de oportunidades en el acceso a la educación, en la permanencia en el sistema educativo una vez que se ha ingresado y en la calidad de la formación adquirida.

Por su parte, la **escuela institucionalista** también se posiciona claramente al respecto. De hecho, una de las principales características del institucionalismo es el énfasis que adopta en la relación entre distribución de la renta y progreso (crecimiento) económico. El estado de la distribución de la renta, una cuestión institucional, puede estimular o inhibir el progreso económico. En este sentido, aunque cada autor enfatiza una argumentación distinta, la mayoría de los investigadores institucionalistas comulgan con la idea de que la desigualdad de la renta, especialmente la desigualdad extrema, es perjudicial para el progreso económico.

Veblen (1923), autor de los cimientos del movimiento institucionalista con su economía cultural, llama la atención sobre el conflicto potencial existente entre los intereses empresariales y los de la población subordinada, así como la desigualdad entre los hombres de negocios y los que no lo son, y sus consecuentes efectos negativos sobre el crecimiento de la producción.

Ayres (1944, p. 261) puso en duda «el supuesto clásico de que el dividendo nacional es favorecido por la desigualdad», argumentando que las discrepancias extremas en la distribución de la renta es la principal razón de la inestabilidad económica. En este sentido, cabe recordar que, según reconoce J. H. Street (1987, p. 1874), «Ayres había anticipado independientemente la necesidad de redistribuir la renta como elemento clave para la rápida

recuperación económica en USA antes de la publicación de *The General Theory of Employment, Interest and Money* de Keynes en 1936».

Asimismo, **G. Myrdal** (1968, [1970] 1973) considera que una relevante desigualdad económica dentro de un país afectaría adversamente a su desarrollo económico; un incremento de la desigualdad económica tendería a producir una mayor desigualdad social, ocasionando ello un descenso en la productividad y una subsiguiente ralentización del progreso económico.

Ante estos posicionamientos teóricos, aun siendo consciente de las dificultades existentes en el análisis empírico de la economía institucional en relación con la selección de los indicadores apropiados, algunos autores han intentado verificar empíricamente las tesis institucionalistas. Así, p. ej., **K. H. Park** (1996) plantea un estudio empírico en el que trata de contrastar ciertas posiciones institucionalistas ante la relación entre distribución de la renta y el progreso económico con la ayuda de un modelo econométrico causal. Los resultados que se desprenden de este análisis son los siguientes: (1) existe una fuerte asociación directa entre la desigualdad de la renta y la inestabilidad socio-política; (2) el nivel de desarrollo económico, medido por el PIBpc, tiene un efecto mitigante sobre la inestabilidad socio-política; (3) la inestabilidad socio-política es perjudicial para el progreso económico; y (4) la acumulación de capital es un factor determinante para el progreso económico.

Estos resultados, especialmente (1) y (3), confirman la visión institucionalista acerca de la relación entre distribución de la renta y progreso económico. La pobreza y el descontento social causado por la existencia de una desigualdad económica extrema en una sociedad dan lugar a una inestabilidad social y política; por su parte, las tensiones sociales y la inestabilidad política ralentiza el progreso económico debido a la incertidumbre que crea en las perspectivas empresariales, las alteraciones en las actividades empresariales y la desunión en la sociedad.

Pero, antes de seguir avanzando, detengámonos un instante en el análisis de las ideas que el sueco **G. Myrdal** presenta en *The Challenge of World Poverty* ([1970] 1973). Esta publicación supone la continuación y posterior colofón de *Asian Drama* (1968), en el que el autor recoge «un balance de los gravísimos problemas que afectan a los países subdesarrollados».

En estas obras, Myrdal se centró en el estudio de las desigualdades sociales en Asia del Sur, y, en particular, en India y Pakistán, si bien las conclusiones son relevantes para todo el mundo subdesarrollado ya que el tratamiento del problema es general. Así, señala al respecto: «He llegado a la conclusión de que la desigualdad y la tendencia a una creciente desigualdad se manifiestan en forma de toda una compleja serie de inhibiciones [entre los que detentan el poder] y obstáculos [entre las masas del pueblo] al desarrollo y que, por tanto, es necesario cambiar esa tendencia urgentemente, promoviendo una mayor igualdad como condición de la aceleración del desarrollo» (Myrdal, [1970] 1973, p. 72). Así, pues, «las reformas que aumentan el bienestar no sólo no representan un coste para la sociedad, sino que sientan las bases para un crecimiento económico más rápido y más constante» (Myrdal, [1970] 1973, p. 73).

Además, afirma que hay una serie de razones generales que demuestran que los objetivos de crecimiento económico y de igualdad económica están en armonía y que, en los países subdesarrollados, alcanzar una mayor igualdad es casi una condición para crecer más rápidamente. Dichas razones son las siguientes (ver Myrdal, [1970] 1973, pp. 77-78):

a) Argumentar que la desigualdad de la renta es una condición para el ahorro tiene poca relevancia en los países subdesarrollados, pues los grandes terratenientes y capitalistas suelen gastar sus rentas en consumos e inversiones conspicuas, enviando el dinero al extranjero.

b) La mayoría de la población de los países subdesarrollados están mal alimentadas y sufren unas deficientes condiciones de salud, vivienda, higiene y educación, lo que reduce la capacidad y los deseos de trabajar intensamente, repercutiendo en la producción. Esto implica que la aplicación de medidas para aumentar el nivel de sus rentas aumentará la productividad.

c) La desigualdad social y la económica están íntimamente ligadas, siendo cada una de ellas causa y efecto de otra. Una mayor igualdad económica tiende a promover una mayor igualdad social, la cual estimula el desarrollo y conduce a un aumento de la productividad.

d) «El objetivo de una mayor igualdad tiene, desde el punto de vista de la justicia social, un valor independiente y, por tanto, una mayor igualdad repercutiría favorablemente en vistas a la integración nacional».

Como puede comprenderse, para Myrdal la consecución de ciertas cotas de equidad en el mundo subdesarrollado parece ser una condición necesaria pero no suficiente. Más aún, reconoce también que en los países más avanzados, considerados como «sociedades de bienestar», en los cuales los niveles de renta de los grupos menos privilegiados son mucho más alto, las continuas reformas igualitarias también han mejorado la productividad (ver Myrdal, [1970] 1973, p. 78).

En resumen, podemos sintetizar el pensamiento de Myrdal acerca del problema de la desigualdad en tres puntos:

- La desigualdad inhibe y obstaculiza el crecimiento.
- La consecución de una mayor equidad sienta las bases para un crecimiento económico más rápido y constante.
- Alcanzar una mayor igualdad es casi una condición para crecer más rápidamente; es decir, la consecución de altas cotas de crecimiento supone haber logrado un cierto nivel de equidad.

Otra opinión a tener en cuenta es la presentada por **M. P. Todaro** a finales de la década de los setenta. Este autor admite que los países desarrollados muestran una distribución relativamente más igualitaria que la mayoría de los países del Tercer Mundo, gracias a las transferencias de alguna parte de sus ingresos de los ricos a los pobres. Sin embargo, se muestra escéptico ante la relación entre «los niveles del ingreso *per capita* y el grado de concentración de ingresos» entre los países del Tercer Mundo. Así, pues, el crecimiento económico de acuerdo con los lineamientos tradicionales de la maximización del PNB no parece resolver por sí solo el problema de la desigualdad y de la extensión de la pobreza en los países que empiezan a desarrollarse (ver Todaro, [1977] 1982, pp. 240-244).

Por tanto, este estado de cosas sugiere que un mismo nivel de crecimiento puede ser compatible con diversos niveles de equidad o de falta de la misma.

Sin embargo, Todaro no da el tema por zanjado y páginas más adelante replantea el problema introduciendo importantes matizaciones que lo aproxima a la posición de estamos analizando. En concreto, considera que hay razones para pensar que «una mayor igualdad en

los países del Tercer Mundo puede ser en efecto una condición para el crecimiento económico autosostenido», y señala cuatro razones (ver Todaro, [1977] 1982, p. 255-256):

a) El sentido común apoyado en una abundancia de datos empíricos avala el hecho de que los ricos del Tercer Mundo no se destacan por una frugalidad ni por su deseo de ahorrar e invertir. Al contrario, se caracterizan por el despilfarro y el consumo de objetos importados.

b) Los ingresos bajos y los niveles de vida de los pobres, que se manifiestan en una salud, nutrición y educación deficientes, pueden reducir su productividad económica y conducir a una economía de más lento crecimiento.

c) El aumento de los niveles de ingreso de los pobres estimulará la demanda de bienes nacionales, creando las condiciones necesarias para un crecimiento económico rápido.

d) Una distribución más igualitaria del ingreso puede estimular una saludable expansión económica al actuar como un poderoso incentivo material y psicológico para la participación generalizada del pueblo en el proceso de desarrollo.

Al margen de tales apreciaciones, Todaro también deja abierta la posibilidad de que existan otras situaciones conexas. Así, p. ej., apunta el hecho de que fracasar en la equidad puede ser compatible con diferentes niveles de crecimiento, como ocurre en el caso de Brasil o México.

En definitiva, podemos concluir tres premisas a partir del análisis del pensamiento de Todaro:

- El éxito en el crecimiento no asegura el éxito en la equidad, pudiendo coexistir un mismo nivel de crecimiento con distintos niveles de equidad.
- La existencia de equidad supone una garantía para el crecimiento, de manera que el fracaso en el crecimiento supone haber fracasado en la equidad.
- La falta de equidad puede presentarse acompañado de diferentes niveles de crecimiento.

Ahora bien, Todaro contempla igualmente la perspectiva de que habiéndose fracasado en el crecimiento no hubiese ocurrido lo mismo con la equidad, citando algunos ejemplos

concretos -Sri Lanka, Colombia, Costa Rica y El Salvador- (ver Todaro, [1977] 1982, p. 250). Como puede comprenderse, esta opción entraña una cierta dificultad para una interpretación como la que aquí se está realizando, si bien debemos tener en cuenta que varios datos aislados no son suficientemente significativos. De todos modos, no podemos negar que la posición de Todaro ante este problema es un tanto ambigua, pudiendo, incluso, resultar confusa para el lector.

En todo caso, a primera vista parece existir ciertas analogías entre las posiciones adoptadas por **Myrdal** y **Todaro**. Sin embargo, si analizamos detenidamente los argumentos expuestos, podemos encontrar algunas discrepancias en las opiniones de estos autores (ver Martín Reyes *et al.*, 1995, p. 48). Gráficamente, podemos reflejar las respectivas posturas en las siguientes figuras:

FIGURA 2

G. Myrdal

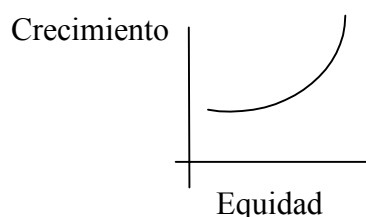


FIGURA 3

M. P. Todaro

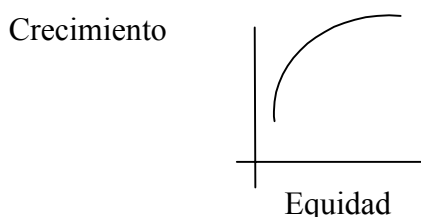


FIGURA 2

- La existencia de desigualdad impide el crecimiento.
- Equidad y falta de crecimiento podrían coexistir.
- No es concebible que haya crecimiento sin equidad.

FIGURA 3

- Un fracaso en el crecimiento supone haber fracasado en la equidad.
- La falta de equidad puede coexistir con diferentes niveles de crecimiento.
- El crecimiento puede coexistir con distintos niveles de equidad.

Por otro lado, otros analistas contemporáneos a estos autores también consideran la desigualdad y la pobreza como hechos perjudiciales para el crecimiento, si bien, en cada trabajo se introducen ciertas puntualizaciones al respecto. En este sentido, podemos traer a colación el estudio de **W. Elkan** ([1973] 1975, pp. 15-30), donde se aduce una argumentación interesante en relación con aquellos países en los que la mayoría de sus habitantes tienen un bajo nivel de vida. Precisamente esta situación conlleva una escasa tasa de ahorro en muchos de estos países, además de una notable escasez de oportunidades de inversión, e incluso una no menos notable incapacidad para percibir las existentes, siendo este último aspecto el que este autor considera más importante.

Elkan apostilla que una de las principales tareas a realizar en los países subdesarrollados debe consistir en la localización y aprovechamiento de las oportunidades de inversión, de modo que esto conduzca a un incremento del escaso capital acumulado a lo largo del tiempo en pro de alcanzar una mayor producción y nivel de vida en estos países.

Si continuamos acercándonos hacia la actualidad, se puede apreciar a partir de la década de los ochenta, y especialmente durante el último decenio del siglo que acaba de claudicar, un considerable incremento de aportaciones de índole variado favorables a la relación de compatibilidad en la que la equidad alienta el crecimiento económico.

La mayoría de las contrastaciones empíricas presentadas en los últimos lustros tienden a respaldar la relación de compatibilidad entre equidad y crecimiento económico. En este sentido, cabe citar el trabajo de Benabou (1996), en el que se enumera y analiza 23 contrastes realizados recientemente (20 de ellos de 1992 en adelante), pudiéndose observar de manera concluyente en los mismos como la desigualdad es lesiva para el crecimiento.

Los caminos utilizados intentando dotar de soporte teórico a esta relación de compatibilidad han sido muy variados. Así, p. ej., **Saint Paul y Verdier** (1996) resaltan al respecto los siguientes argumentos: la educación pública puede incrementar el capital humano de la economía, siendo éste el motor del crecimiento; la redistribución puede crear una clase media importante, lo cual estimula el crecimiento al incrementar la demanda de muchos productos; aminorar las desigualdades a través de la redistribución ayuda a disminuir la envidia y las actividades delictivas, que son socialmente perjudiciales y disminuyen la rentabilidad de las inversiones.

Otros autores como **Putnam** (1994) y **Coleman** (1990) han destacado la importancia del *capital social* en los análisis sobre el desarrollo, considerando bajo la rúbrica de *capital social* aspectos tales como los valores compartidos por una sociedad, las normas sociales, la cultura, el grado de asociacionismo, el clima de confianza entre sus miembros, etc. En estos estudios se pone de relieve que un mayor nivel de equidad favorece el *capital social*, en la medida en que crea condiciones objetivas más favorables para la participación y cooperación entre los distintos individuos de la población.

Navarro (1995, p. 51), por su parte, apunta en sintonía con **Borooh** (1988) que una reducción de la desigualdad tiende a mejorar la balanza de pagos de un país, dado que las clases pudientes consumen mayor número de productos importados que las clases populares. Es más, el autor catalán reconoce igualmente que las políticas públicas de reducción de desigualdades sociales ocasionan un consumo más estable, al estar basado en un aumento de la capacidad adquisitiva de las clases populares, más predecible que el consumo de los grupos pudientes, cuya variabilidad de consumo es bien conocida.

Asimismo, **Klikberg** (1999), entre las distintas argumentaciones que menciona al examinar los impactos de los niveles de equidad e inequidad sobre el crecimiento, hace referencia al hecho de que la mejora de la equidad tiene efectos positivos sobre las posibilidades de desarrollo tecnológico. Klikberg sugiere que en la economía actual cada vez más la competitividad está unida al conocimiento. De hecho, las industrias punteras de finales del siglo XX -informática, microelectrónica, biotecnología, telecomunicaciones, robótica, ciencia de los materiales, etc.- se fundamentan en el conocimiento. Las posibilidades de acceder a este conocimiento, manejarlo y generar a partir de él nuevo conocimiento, están fuertemente ligadas al nivel educativo de la población. Si un país mejora su equidad y facilita oportunidades educativas y formativas significativas a amplios sectores de su población, estará construyendo la capacidad básica para poder operar en el mundo de las nuevas tecnologías.

Más aún. Investigaciones recientes llaman la atención sobre toda una línea de profundas interrelaciones entre grado de equidad, *capital social* y salud pública. Según **Kawachi et al.** (1997), cuanto mayor es la desigualdad en una sociedad, menor es la confianza de unos ciudadanos en otros, menor es la cohesión social, y ello incide directamente en la salud pública, que, como es sabido, constituye un pilar básico en el desarrollo de una comunidad.

Cuando más reducidos sean los niveles de confianza entre las personas, mayor es la tasa de mortalidad. Entre otros aspectos, Kawachi *et al.* indican que las personas con pocos lazos sociales tienen mayores dificultades de salud que las que tienen contactos sociales extensivos. Estos autores han generado un modelo a partir del cual se puede concluir que por cada uno por ciento que se incrementa la desigualdad en la distribución de la renta, la tasa de mortalidad general se sitúa dos o tres puntos porcentuales por encima de la considerada normal en la sociedad de referencia.

El propio **Amartya Sen**, premio Nobel de Economía en 1998 y al que Robert Solow califica como «la conciencia moral de la profesión económica» (Klikberg, 1998), también se ocupa en cierta manera de la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico.

Para el autor indio, la historia de las últimas décadas muestra que la pobreza, entendida como la privación de necesidades básicas y no meramente como la falta de ingresos, dificulta en gran medida el desarrollo económico rápido y participativo. Los países que han tenido éxito económicamente son los que han efectuado fuertes y continuas inversiones en su población en pro de la acumulación de capital humano, reconocido hoy como clave central del crecimiento sólido y la competitividad.

A este respecto, Sen (1992) señala cómo Costa Rica y el Estado de Kerala, en la India, ambos con recursos económicos de partida muy limitados, han alcanzado importantes logros económicos y altos niveles de esperanza de vida, educación, salud, y desarrollo humano en general, teniendo como base de esas conquistas políticas que favorecieron activamente la equidad.

Sen subraya en sus investigaciones que los déficit de nutrición, salud y educación de amplios grupos humanos se pagan con graves incapacidades de funcionamiento personal, que llevan consigo agudas trabas para el desarrollo.

De esta manera, aunque el tema que nos incumbe aparece colateralmente en los estudios de Amartya Sen, en los distintos acercamientos que el economista y filósofo de Bengala realiza al mismo parece desprenderse claramente la idea de que la equidad debe constituir un referente importante para la humanidad, tanto desde un punto de vista económico como ético, el otro gran sostén en el que se apoyan sus aportaciones.

Igualmente, cabe reseñar la perspectiva adoptada por **OXFAM Internacional**, red compuesta por 10 agencias de desarrollo «comprometidas en la lucha contra la pobreza y la injusticia», que mantiene que, aunque podemos encontrarnos ante situaciones muy diversas⁵, los altos niveles de desigualdad y pobreza actúan como un freno para el crecimiento económico (ver OXFAM, 1997).

Esta institución hace hincapié en que la equidad implica algo más que una determinada distribución de la renta y la riqueza. Los altos niveles de desigualdad reflejan desigualdades más profundas en el acceso a las oportunidades de salud, educación y producción. Estas desigualdades representan una barrera al desarrollo humano, y un freno al crecimiento económico. Una salud deficiente y un elevado nivel de analfabetismo limitan la capacidad de la población pobre para responder a las oportunidades del mercado, al tiempo que reduce la productividad de la economía y restringe el desarrollo de las destrezas necesarias para el crecimiento sostenido.

En definitiva, OXFAM considera que una mayor equidad es una precondition, no solamente para la reducción acelerada de la pobreza, sino también para alcanzar un crecimiento económico acelerado.

Ahora bien, hemos de reconocer que en los últimos años varias líneas de investigación están cobrando un elevado protagonismo en la bibliografía económica. En concreto, sin ánimo de desdeñar la importancia de otras explicaciones, cabe hablar de tres grandes líneas de investigación, si atendemos a la principal característica enfatizada por las distintas propuestas para argumentar el impacto de la distribución de la renta sobre el crecimiento económico, a saber: **mercado de capitales, inestabilidad sociopolítica y distorsión de acciones económicas**. Detengámonos brevemente en cada una de estas direcciones.

⁵ Algunos países -Chile y Botswana- tienen éxito en combinar un alto crecimiento con un grado alto de desigualdad. Otros -como India- combinan un bajo crecimiento con relativamente bajos niveles de desigualdad. Pero, la mayoría de los países del África sub-Sahara y Latinoamérica se quedan con lo peor de los dos mundos: una alta desigualdad y un bajo crecimiento.

a) Mercado de capitales

En aquellos casos en los que las inversiones en capital físico y humano son significativas y tienen que ser financiadas a través del mercado de capitales, una distribución desigualitaria de los recursos puede perjudicar el crecimiento económico, teniendo en cuenta que normalmente sólo pueden acceder a los créditos aquellos agentes que dispongan de recursos suficientes que puedan ser utilizados como garantía. Una distribución poco equitativa implicaría, pues, que un mayor número de las personas tengan restringidos el acceso al mercado de capitales, lo cual se traduce -en cualquier economía en la que los individuos tengan necesidad de financiar ciertas inversiones a través de créditos- en un menor crecimiento agregado (ver **Stiglitz y Weiss**, 1981; **Chatterjee**, 1991; **Tsiddon**, 1992; etc.).

Este acceso limitado al mercado de créditos reduce el aprovechamiento de las oportunidades de inversión, especialmente en el caso de la población pobre, que tiende a prescindir de inversiones en capital físico y humano con tasas de rentabilidad relativamente altas. Solamente aquellas personas que pueden financiar un proyecto (con sus propios medios y/o mediante créditos) están en disposición de aprovechar tales oportunidades. En esta situación, una redistribución de recursos de ricos a pobres tiende a elevar tanto la inversión de una economía como la productividad de la misma, todo lo cual repercute favorablemente en el crecimiento económico.

En relación con este aspecto, muchos autores subrayan especialmente el papel que juega la inversión en educación. En efecto, la obtención de créditos para llevar a cabo tales inversiones intangibles suelen ser bastante costosas, especialmente en los países menos desarrollados, siendo los recursos propios los que determinan el tamaño de estas inversiones. De esta forma, la desigualdad afecta de manera muy especial al crecimiento, toda vez que supone escasas inversiones en educación por parte de la población con menos recursos (ver **Galor y Zeira**, 1993; **Perotti**, 1993; **García-Peñalosa**, 1995; **Aghion, Caroli y García-Peñalosa**, 1999; etc.)

En definitiva, el acceso socialmente estratificado al mercado de capitales es una de las raíces de la menor inversión en capital físico y humano que caracteriza a las economías menos equitativas, con el subsiguiente efecto negativo que ello supone sobre el crecimiento económico.

b) Inestabilidad sociopolítica

Algunos autores reconocen que, siendo las variables económicas indispensables, el tema del desarrollo es polifacético y deben incluirse necesariamente variables de otros campos si se aspira a poder actuar de modo efectivo. En este sentido, **Atkinson** (1998) señala que en el análisis de la inequidad deben integrarse dimensiones sociopolíticas. En concreto, reconoce que la evolución de la desigualdad no puede ser explicada solamente en términos de producción; la divergencia de las experiencias nacionales está reflejando diferencias en las políticas gubernamentales y en las instituciones sociales.

Bajo este enfoque, un grupo importante de investigadores se ha acercado a la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico, empleando para ello distintas ópticas.

Así, p. ej., **Solimano** (1998) sostiene que después de más de una década de reformas económicas y ajuste estructural en los países en desarrollo, hoy día se entiende cada vez más que el crecimiento económico y la equidad deben ir a la par. Este autor subraya que «una distribución más equitativa de la renta y las oportunidades económicas contribuye también a la paz social y la estabilidad política, ingredientes claves de un marco normativo conducente a la inversión, la innovación y el crecimiento» (Solimano, 1998, p. 40).

En esta línea, **Barro** (2000) manifiesta que las desigualdades sociales incentivan a los pobres a involucrarse en disturbios, delitos, y otras actividades punibles, pudiendo incluso ser amenazada la estabilidad de las instituciones políticas. Esta situación provoca una cierta incertidumbre en los ciudadanos que perjudica el normal funcionamiento de la economía. Así, los inversores se retraen a arriesgar sus capitales, entre otras cosas, por las amenazas que sufre los derechos de propiedad, al tiempo que se pierden recursos como consecuencia de la participación de una parte de la población más desfavorecida en crímenes y otras acciones antisociales, ya que consumen tiempo y energía que no se dedican a actividades productivas. Estas acciones también suponen la reducción de la productividad de una economía, todo lo cual repercute desfavorablemente en el crecimiento económico.

En este contexto, cabe mencionar igualmente un estudio empírico en el que **Larraín y Vergara** (1998) ponen de manifiesto que uno de los factores más significativos que explican el diferencial en inversión privada entre Latinoamérica y el Este Asiático es que éstos

presentan una mayor estabilidad sociopolítica y macroeconómica. Los autores comentan que esta mayor inestabilidad puede estar asociada con el hecho de que la mayoría de países latinoamericanos presentan una mayor desigualdad en la distribución de la renta. De esta forma, estas naciones son mucho más susceptibles a presiones populistas, cambios bruscos en políticas económicas, expropiaciones, cambios violentos de autoridades, etc., cuestiones que dañan la credibilidad y produce indefinición en los derechos de la propiedad, con los consiguientes efectos adversos sobre la inversión y el crecimiento económico.

Por otro lado, algunos autores también han prestado atención a la incidencia de factores estrictamente políticos. Así, p. ej., **Alesina y Drazen** (1991) explican que niveles altos de desigualdad pueden retardar la implantación de ciertas reformas necesarias, sobre todo si afectan negativamente a los grupos más poderosos. Estos retardos perjudican las perspectivas de crecimiento a largo plazo, siendo normalmente la población pobre -que son los que tienen menos poder político- el grupo social más afectado.

c) Distorsión de las acciones económicas

Numerosos trabajos de **Persson y Tabelini** (1992, 1994), por un lado, y **Alesina y Rodrik** (1992, 1994), por otro, han argumentado que la desigualdad fomenta las reivindicaciones distributivas, pudiendo éstas desalentar el crecimiento económico.

En efecto, si la renta media de una economía excede en gran medida de la renta mediana, muchos ciudadanos serán partidarios de la redistribución de los recursos de ricos a pobres. Así, cabe esperar que un elevado grado de desigualdad pueda derivar en una importante redistribución de la renta a través de procesos políticos.

Ahora bien, normalmente las transferencias y la financiación de las mismas a través de los impuestos pueden distorsionar ciertas decisiones económicas. Así, p. ej., se suele aducir que tales circunstancias pueden reducir los incentivos a invertir en actividades productivas, reduciendo el crecimiento económico. De esta forma, una mayor desigualdad (medida antes de transferencias e impuestos) parece inducir a una mayor redistribución, con las reseñadas consecuencias adversas sobre el crecimiento.

En relación con esta temática, **Deininger y Squire** (1998, p. 267) se cuestionan la validez del teorema del votante mediano, arguyendo que, si éste es correcto, las sociedades

democráticas con una mayor desigualdad deberían caracterizarse por una mayor «explotación de los ricos por parte de los pobres», con las consiguientes repercusiones negativas para la inversión y el crecimiento, mientras que las sociedades poco democráticas con similares características lo harían en menor medida o no lo harían. Estos autores tratan de contrastar esta hipótesis y encuentran que la desigualdad inicial afecta al crecimiento futuro en sociedades no democráticas, a partir de lo cual concluyen que su base de datos no avala el teorema del votante mediano como una explicación de la relación entre inequidad y crecimiento⁶.

En general, cabe decir que no existe consenso en cuanto a la influencia del sistema político sobre la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico. Así, mientras Persson y Tabellini (1994) sostienen que la relación negativa entre desigualdad y crecimiento se presenta principalmente en los regímenes democráticos, Alesina y Rodrik (1994) no encuentran ningún impacto significativo del régimen político sobre la relación.

Otros autores también se han ocupado de esta línea de investigación, aportando ciertas consideraciones al respecto (ver **Clarke**, 1995; **Weede**, 1997; etc.). Weede (1997, p. 763), p. ej., concluye que, aunque la idea general de que los esfuerzos distributivos perjudican las perspectivas de crecimiento de las naciones cuenta con ciertos apoyos empíricos, «la conexión entre la igualdad y el crecimiento, o la desigualdad y el menor crecimiento, en las sociedades democráticas pertenece a la categoría de hechos discutibles», de manera que se debe «tratar con cautela los hallazgos que hacen referencia a que la desigualdad tiene más importancia en las democracias que en las autocracias, la principal evidencia que sustenta a los modelos del votante mediano».

Por otro lado, **Barro** (2000, pp. 6-7) va más allá y afirma que el impacto negativo de la desigualdad sobre el crecimiento puede aparecer incluso en aquellas economías en las que no se aplique un proceso de redistribución de la renta. Una alta desigualdad económica puede hacer que los ricos prevean políticas redistributivas, llevando a cabo acciones como la constitución de grupos de presión o la compra del voto de los legisladores. Esas actividades

⁶ Recordemos que las diversas versiones del teorema del votante mediano conceden una especial importancia a la redistribución de la renta en los sistemas democráticos, hasta el punto de que sugieren que es precisamente el votante mediano, atendiendo al grado de redistribución de la renta que desea, el que determina el resultado de las elecciones (ver Strin y Laidler, 1995, pp. 535-548).

consumirían recursos y promoverían la corrupción oficial, perjudicando el funcionamiento económico. Así, la desigualdad, aun sin existir un proceso de redistribución de la renta, puede tener un efecto negativo sobre el crecimiento a través de estos cauces políticos.

En conclusión, los tres mecanismos aducidos a través de los cuales la distribución de la renta afecta al crecimiento económico se pueden sintetizar como sigue:

a) *Mercado de capital*: Mayor desigualdad → Mayor dificultad en el acceso al mercado de capitales y, por tanto, menor inversión en capital físico y humano → Menor crecimiento económico

b) *Inestabilidad sociopolítica*: Mayor desigualdad → Mayor desestabilización de la situación sociopolítica y, por tanto, menor productividad e inversión → Menor crecimiento económico

c) *Distorsión de las acciones económicas*: Mayor desigualdad → Mayores presiones y expectativas de redistribución de la renta a través de procesos políticos, lo cual puede distorsionar ciertas decisiones económicas → Menor crecimiento económico

4.2. Compatibilidad bidireccional

Esta posible solución a las relaciones entre crecimiento económico y distribución de la renta cuenta con la adscripción de importantes instituciones internacionales como son el Banco Mundial y la CEPAL, pudiéndose distinguir en cada caso dos posiciones diferenciadas en los últimos años según se destaque la compatibilidad bidireccional entre los objetivos como una relación intrínseca o inducida.

4.2.1. Compatibilidad bidireccional intrínseca: crecimiento económico y equidad se refuerzan mutuamente

En este apartado cabe traer a colación, en primer lugar, la postura que el Banco Mundial mantiene en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1990. La pobreza*, donde se aborda, siguiendo la problemática tratada en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1980*, la acuciante tarea de cómo reducir la pobreza en los países menos desarrollados.

El enfoque utilizado por el Banco Mundial para la reducción de pobreza ha venido evolucionando a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Tras considerar muchos en los decenios de 1950 y 1960 que el crecimiento era el principal medio de reducir la pobreza y mejorar la calidad de vida, en los años setenta la atención se orientó hacia el suministro directo de servicios de salud, nutrición y educación. Estas ideas se plasmaron precisamente en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1980*, donde se aducía que la mejora de los niveles de salud, educación y nutrición de la población pobre era importante no sólo en sí misma, sino también por su efecto en el aumento de los ingresos, incluidos los ingresos de los pobres (ver Banco Mundial, 1980).

En la década de 1980 hubo otro cambio de actitud. Algunos países, especialmente los de América Latina y África al Sur del Sahara, se esforzaron por introducir ajustes tras la recesión mundial. Las limitaciones en materia de gasto público se agudizaron. Al mismo tiempo, muchos empezaron a poner en tela de juicio la eficacia del sector público, en particular en lo referente a sus políticas contra la pobreza.

En este contexto se engendra el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1990. La pobreza*. En este estudio se sostiene que las variaciones en los ingresos de los pobres pueden descomponerse en la parte atribuible al crecimiento económico general y en la parte atribuible a los cambios en la desigualdad de la renta. Tras analizar lo ocurrido en 17 países, en distintos períodos de tiempo situados entre 1960 y 1988, se señala que «en los países de ingresos bajos la desigualdad se atenúa -en contra de la hipótesis de Kuznets-, y no existe ningún caso en el que el efecto del crecimiento se vea contrarrestado por los cambios registrados por la desigualdad [...]. En general, el crecimiento económico reduce la pobreza y la recesión de la economía la aumenta» (Banco Mundial, 1990, pp. 52-53).

Este Informe sugiere que aquellos países que optan por estrategias de crecimiento igualitario tienen mayores probabilidades de conseguir buenos resultados en los indicadores económicos y del bienestar. En este sentido, se nombra a algunos países de Asia Oriental -Indonesia, Malasia y Tailandia- como prueba de los beneficios de un equilibrio adecuado entre las políticas que estimulan el crecimiento y las que permiten que la población pobre participe del mismo (Banco Mundial, 1990, p. 57).

Estamos, pues, ante **dos objetivos que se refuerzan mutuamente**, de manera que tanto las políticas de crecimiento económico como las políticas para reducir la pobreza permiten avanzar en una misma dirección.

El Banco Mundial (1990) plantea una estrategia de lucha contra la pobreza, coherente al mismo tiempo con el crecimiento económico, que consta de dos elementos de igual importancia. El primero consiste en promover el uso productivo del bien que los pobres poseen en mayor abundancia, a saber: el trabajo. Ello exige políticas orientadas a aumentar el capital social físico, mejorar el nivel tecnológico, favorecer el acceso generalizado al crédito, promover reformas agrarias que supongan la entrega de tierras a los agricultores necesitados, etc., todo lo cual debe ir encaminado a alcanzar esa meta. El segundo elemento es el suministro de servicios sociales básicos a los pobres, de cara a mejorar su capital humano; especialmente importantes son la nutrición, la atención básica de la salud, la educación primaria y la planificación familiar.

Los dos elementos se fortalecen recíprocamente; el uno no es suficiente sin el otro. Con estas orientaciones, el Banco Mundial pretende, por un lado, que el fomento del uso productivo de la mano de obra proporcione oportunidades a los pobres y, por otro, que la inversión en el capital humano de éstos posibilite el pleno aprovechamiento de esas nuevas oportunidades.

Esta estrategia debe ir acompañada de transferencias bien orientadas a grupos específicos, a fin de ayudar a los que no pueden beneficiarse de esas políticas -por ejemplo, los ancianos y los incapacitados- y a los que sufren reveses temporales debidos a variaciones estacionales de los ingresos, pérdida de sostén económico de la familia o conmociones macroeconómicas adversas. Aunque es probable que las transferencias no solucionen el problema de la pobreza, sobre todo en los países de ingresos bajos, constituyen un complemento esencial de la estrategia básica.

Como puede comprenderse, estas directrices políticas, en conjunto, suponen la mejora de las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, al tiempo que, no sólo guarda plena coherencia con el crecimiento económico a largo plazo, sino que favorece a éste en la medida en que permite que la población pobre pueda participar del crecimiento y contribuir al mismo.

Por otra parte, otra valiosa aportación que podemos citar en este apartado es la propuesta por la **Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)** para el desarrollo de la región bajo el rubro de «**transformación productiva con equidad**», que ha constituido la piedra angular en torno la cual ha gravitado el pensamiento de la institución durante la década de los noventa.

Desde las primeras aportaciones de Prebisch al pensamiento económico cepalino, éste ha sufrido un continuo proceso de transformación. La mayoría de los autores coinciden en identificar cinco etapas en la obra de la CEPAL (ver Bielschowsky, 1998), en cada una de las cuales la institución, en su afán por aportar orientaciones certeras a los responsables públicos de América Latina y el Caribe, se ha esmerado en remarcar ciertas directrices políticas, a saber:

- Orígenes y años cincuenta: Conducir deliberadamente la industrialización sustitutiva.
- Años sesenta: Empezar reformas en diferentes ámbitos -en especial, en lo que respecta a la distribución de la renta y a la reforma agraria- como requisito para dinamizar la economía.
- Años setenta: Fomentar un modelo de crecimiento con homogeneidad social y con intensificación de las exportaciones industriales.
- Años ochenta: Renegociar la deuda con objeto de llevar a cabo una política de ajuste con crecimiento.
- Años noventa: Implementar la propuesta calificada como «transformación productiva con equidad».

La existencia de varias etapas en el pensamiento cepalino no significa que éste carezca de unidad: las tesis sostenidas a lo largo de la última mitad de siglo se enmarcan dentro de un enfoque histórico-estructuralista basado en la idea de la relación centro-periferia, tal como se pone de manifiesto en los distintos análisis realizados por la CEPAL, centrados principalmente en las relaciones internacionales, así como en los condicionantes estructurales internos del crecimiento económico y del progreso técnico, y de las relaciones entre ellos, el empleo y la distribución de la renta.

La mencionada propuesta de la CEPAL para el decenio de los noventa tenía, entre sus principales planteamientos, la convención de que es posible avanzar en los objetivos crecimiento económico y equidad simultáneamente y no de forma secuencial (ver CEPAL, 1990, 1992, 1997).

En este período la CEPAL ha intentado profundizar en los vínculos existentes entre progreso técnico, competitividad internacional y equidad, advirtiendo que no sólo es factible conciliar crecimiento, equidad y democracia, sino que existen aspectos en los que la equidad y la transformación productiva se complementan y se refuerzan mutuamente.

El punto de partida de la argumentación *neocepalina* es la importancia de la competitividad para lograr un crecimiento económico sostenido a lo largo del tiempo. Se entiende por competitividad «auténtica» de una economía «la capacidad de incrementar o al menos sostener su participación en los mercados internacionales, con un alza simultánea del nivel de vida de la población» (CEPAL, 1990, p. 70). Esta capacidad depende de la incorporación del progreso técnico, que se traduce en la introducción progresiva de nuevos procesos y en la producción de nuevos bienes y servicios. No en vano, con la intensificación de la competencia internacional y el desarrollo de la tecnología de la información, la incorporación del progreso técnico se convierte en un rasgo determinante en la producción de una amplia gama de productos y servicios.

La CEPAL sugiere igualmente que **«una mayor equidad favorece la difusión de la tecnología**, en tanto genera un marco más propicio para los esfuerzos de cooperación intrafirma requeridos por las nuevas técnicas. Al mismo tiempo, habría aquí elementos de un círculo virtuoso, ya que los aumentos de productividad permitirían una gradual mejora en la distribución del ingreso» (Hounie *et al.*, 1999, p. 21), en la medida en que estimula el crecimiento económico.

Asimismo, la institución entiende que **la ampliación del mercado interno como consecuencia de un mayor crecimiento con equidad ofrece una base insustituible para el aprendizaje tecnológico** (ver CEPAL, 1990). La argumentación señala que en los casos en que ha existido retroalimentación entre competitividad y equidad se han presentado los siguientes fenómenos: a) transformación de agricultura hacia estructuras agrarias más homogéneas y con aumentos de productividad; b) acceso más igualitario a la propiedad por la

creación de empresas pequeñas y medianas, articuladas al sistema productivo y de productividad creciente; c) cualificación de la mano de obra, universalización de la producción y mayor grado de integración social; d) aumento del empleo asociable al dinamismo exportador; e) incremento de la productividad y de las remuneraciones; propagación de la lógica industrial; y f) redistribución de la renta por cauces políticos.

En definitiva, la CEPAL postula, por un lado, que la expansión de las economías de América Latina y el Caribe depende de la consecución de la competitividad auténtica, basada en la generación e incorporación continuas de progreso técnico, que a su vez son necesarias para sostener un patrón de crecimiento sostenido. Por otro lado, la organización advierte que el éxito de las políticas productivas y tecnológicas no puede dissociarse del mejoramiento gradual de la equidad, tanto por sus efectos sobre las dimensiones del mercado interno, como por sus efectos indirectos en el aumento de la capacidad de innovar.

Bajo este enfoque, la CEPAL afirma que, aunque la experiencia permite constatar que **el crecimiento económico no conduce de manera necesaria y automática a la equidad, el crecimiento con equidad, sostenible y en democracia, no sólo es deseable, sino también posible**. Más aún. **Así como la equidad no puede alcanzarse en ausencia de crecimiento sólido y sostenido, el crecimiento exige un alto grado razonable de estabilidad sociopolítica, lo que implica, a su vez, cumplir con ciertos niveles de equidad**⁷. De este condicionamiento recíproco entre crecimiento y equidad se desprende la necesidad de avanzar en ambos objetivos de forma simultánea en lugar de secuencial, lo cual la CEPAL (1992, p. 14) califica como «desafío histórico».

Así las cosas, la institución entiende oportuno abordar el tema desde un enfoque integrado que contempla tanto la perspectiva económica como la social, buscando las «áreas de complementariedad» entre crecimiento y equidad. Estas áreas son: el mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos básicos dentro de márgenes tolerables; la inversión en recursos humanos; la generación de empleos de productividad creciente y la rápida difusión tecnológica (ver CEPAL, 1992).

⁷ A este respecto, cabe mencionar las palabras de Figueroa (1998, p. 48), aduciendo que la productividad depende del grado de equidad que exista en una sociedad, pues, mientras menor sea el

A este respecto, aduce que crecimiento y equidad son fruto de la política tanto económica como social. Hay que superar la idea de que la política económica se debe centrar en el crecimiento económico y la política social en la distribución de la renta. Ni una ni otra son neutras en términos distributivos, y ambas influyen en la capacidad de crecimiento de una economía.

4.2.2. Compatibilidad bidireccional inducida: determinados elementos favorecen el crecimiento y la equidad conjuntamente

La evolución de las ideas del Banco Mundial y la CEPAL a partir de sus aportaciones a principios de la década de los noventa ha desembocado en la reciente publicación de respectivos informes en los que se puede constatar importantes matizaciones en relación con las propuestas que una y otra institución venían defendiendo.

En ambos casos estas organizaciones enfatizan, en línea con ciertos aspectos apuntados en publicaciones anteriores, la existencia de elementos comunes al crecimiento económico y la distribución de la renta que inducen la relación de compatibilidad bidireccional entre los mismos, de manera que a través de la incidencia de la actividad política sobre dichos elementos es posible mejorar conjuntamente la conquista de sendos objetivos.

En este sentido, en el *Informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001. Lucha contra la pobreza*, teniendo en cuenta los cambios acaecidos en la situación mundial en el último decenio, el Banco Mundial (2001) promueve un amplio planteamiento para reducir la pobreza que comprende importantes alusiones al crecimiento económico, y que está basado en la adopción de medidas políticas en tres esferas:

- **Oportunidad:** Se trata de incrementar las oportunidades económicas para las poblaciones de menores recursos. Para ello es importante la estimulación del crecimiento económico, como también lo son la pauta y la calidad de ese crecimiento. De la misma manera, las reformas en los mercados también pueden ser un factor crucial de expansión de oportunidades para los pobres, así como la acumulación de los activos -recursos humanos, tierra e infraestructura- que éstos poseen o a los que tienen acceso.

grado de equidad, mayor será el riesgo de inestabilidad social y política, y menor productividad mostrará, por consiguiente, el sistema productivo.

- **Empoderamiento:** Consiste en lograr unas instituciones estatales más responsables y atentas a las necesidades de la población en situación de pobreza, fortalecer la participación de los pobres en los procesos políticos y en las decisiones locales y eliminar los obstáculos sociales derivados de las diferencias de sexo, raza, etnia y rango social. La existencia de instituciones que sean sólidas y respondan a las necesidades de la población no sólo redundará en beneficio de los grupos más desfavorecidos sino que es también esencial para todo proceso de crecimiento.

- **Seguridad:** Se trata de reducir la vulnerabilidad de la población pobre frente a los problemas de salud, las crisis económicas, las pérdidas de cosechas, los trastornos provocados por las políticas, los desastres naturales y la violencia, además de ayudarles a hacer frente a las adversidades cuando se presenten. Gran parte de esta tarea consiste en la introducción de sistemas eficaces de protección social para mitigar los efectos de las calamidades personales y colectivas.

Partiendo de estas directrices, el Informe sostiene que cada país debe decidir sus propias actuaciones de manera coherente con su propia cultura y atendiendo a sus prioridades. Asimismo, señala que la actuación en el plano local y nacional no es suficiente, destacando que la experiencia sugiere que es importante una intervención de alcance mundial -sobre todo por parte de los países más desarrollados-, no sólo para que las oportunidades derivadas de la integración mundial y el avance tecnológico beneficien a los pobres sino también para gestionar los riesgos de inseguridad y exclusión que puede derivarse de tales cambios.

En cualquier caso, el Banco Mundial entiende que no se puede hablar de orden jerárquico entre las áreas mencionadas. Los avances en las mismas son en buena parte complementarios. Cada una es importante por sí misma, y al mismo tiempo refuerza a las otras. Más aún. «La adopción de medidas simultáneas en apoyo de la oportunidad, el empoderamiento y la seguridad puede ofrecer una nueva dinámica en favor del cambio, capaz de acabar con la privación humana y de crear sociedades justas que sean al mismo tiempo competitivas y productivas» (Banco Mundial, 2001, p. 12).

En definitiva, bajo este enfoque subyace la idea de que la aplicación de determinadas **orientaciones políticas** en apoyo de las áreas de oportunidad, empoderamiento y seguridad, **pueden contribuir a la par a la reducción de la pobreza y al crecimiento económico**, de

manera que **es posible avanzar en la conquista de estos objetivos simultáneamente si se aplican las acciones oportunas sobre las referidas áreas.**

Al margen de los diferentes Informes sobre el Desarrollo Mundial, otros documentos promovidos por el Banco Mundial a medida que avanzaba la década de los noventa también se posicionan en favor de esta línea argumental. Así, p. ej., **Demery, Sen y Vishwanath** (1995, pp. 22-24) señalan que aunque todavía no se conoce la relación precisa entre desigualdad y crecimiento, es evidente que las políticas que afectan directamente a elementos claves que permiten reducir la desigualdad, tales como la educación, la sanidad y la alimentación, también conducen a la consecución de un crecimiento económico rápido. A este respecto, estos autores recalcan la importancia de la inversión en capital humano en el marco de la teoría del crecimiento económico endógeno.

Ante esta postura, no es extraño que el Banco Mundial muestre sus reservas acerca de la validez de aquellas posturas afines a la «hipótesis U» de Kuznets, tal como manifiesta el propio Organismo en el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1999-2000*. «Los testimonios de los últimos decenios no han confirmado esas teorías -se refiere a aquellas que sostienen que la desigualdad aumenta durante las primeras fases del crecimiento-, y ahora parece probable que el crecimiento, la igualdad y la reducción de la pobreza puedan avanzar al unísono, como lo han hecho en gran parte de Asia oriental. Muchas políticas promueven el crecimiento y la igualdad simultáneamente» (Banco Mundial, 2000, p. 15).

Por otro lado, el pensamiento de la **CEPAL** (2000) sobre los retos del desarrollo de la región que se recoge en el documento *Equidad, Desarrollo y Ciudadanía* presenta ciertas consideraciones que nos lleva a entender que los actuales postulados de la institución parece aproximarse igualmente a la relación que hemos calificado como compatibilidad bidireccional inducida.

En este informe el desarrollo integral continúa siendo un referente importante de las propuestas de la CEPAL, si bien se subraya que se requiere una reorientación de los patrones de desarrollo de la región en torno a un eje principal, la **equidad**, promoviendo la reducción de las desigualdades sociales en sus múltiples manifestaciones. Esta es, a juicio de la CEPAL, **la vara fundamental para medir la calidad del desarrollo**. El objetivo no puede ser otro,

apostilla la institución, cuando se trata en general de los países con las peores distribuciones de la renta del mundo (CEPAL, 2000, p. 15).

Para la CEPAL la superación de los grandes problemas de equidad exige **concentrar los esfuerzos en romper las estructuras de reproducción intergeneracional de la pobreza y la desigualdad**, mediante **acciones políticas** que apunten a los cuatro canales fundamentales que la determinan -el educativo, el ocupacional, el patrimonial y el demográfico- y a las barreras erigidas por la discriminación según género y etnia, que agravan esta situación (CEPAL, 2000, pp. 48-49).

El acceso a la **educación** y, más en general, al conocimiento y la información, proporciona la mejor posibilidad de construir ámbitos más equitativos, desde los cuales superar la desigualdad en ámbitos como el mercado de trabajo y la participación en el poder. El **empleo** es, por su parte, el principal medio de generación de ingresos del grueso de los hogares y, además, un mecanismo de integración social y realización personal.

También es importante actuar sobre los **canales patrimoniales** que determinan la desigualdad, en particular mediante el fomento del acceso de los hogares más pobres a la vivienda y el de las pequeñas empresas y microempresas a los factores de producción -crédito, tecnología, capacitación laboral y gerencial, tierra, capital fijo social, etc.-. Es necesario, además, consolidar la reducción de la **dependencia demográfica**, que todavía es alta en los hogares pobres de los países más rezagados en el proceso de transición demográfica.

El objetivo central de elevar los niveles de equidad no es ajeno a los patrones de desarrollo económico, de manera que al mismo tiempo que se busca un crecimiento más estable, dinámico y competitivo, se debe perseguir también un desarrollo más equitativo y sostenible en términos ambientales. De esta forma, la CEPAL (2000, p. 50) reconoce que «equidad y desarrollo económico, incluida su dimensión de desarrollo sostenible, son, en este sentido, **elementos de una misma estrategia integral, que se entrecruzan de manera compleja**».

En este documento se incide especialmente en la idea de que el crecimiento y la equidad deben ser objetivos tanto de la política tanto económica como social. A este respecto, apunta que, **entre los elementos que conectan el desarrollo económico con el social, se**

encuentran la generación de empleo e ingreso; la estabilidad de ambos; la superación de heterogeneidades productivas heredadas y de reciente creación; y la posibilidad de canalizar una mayor proporción de recursos para el mejoramiento del capital humano, la protección social o programas integrales de lucha contra la pobreza, sin incurrir en importantes desequilibrios fiscales que pudieran poner en peligro los equilibrios macroeconómicos.

De esta forma, la CEPAL entiende que **el desarrollo económico y social pueden reforzarse mutuamente**. Los patrones de desarrollo económico no son indiferentes en términos sociales, siendo posible, por tanto, encontrar y promover modelos de desarrollo que mejoren la distribución de la renta. Al mismo tiempo, el desarrollo social, la reducción de la desigualdad y la eliminación de toda forma de discriminación crean condiciones favorables para el desarrollo económico, como resultado de la inversión en capital humano y de la construcción de múltiples formas de *capital social*, que favorecen la competitividad sistemática de las economías en un mundo globalizado.

A propósito de la posición que parece orientar la actividad del Banco Mundial y la CEPAL en los inicios del siglo XXI, cabe decir que algunos estudios de **ECB** han puesto de manifiesto que existen condicionantes representativos del funcionamiento social que, amén de jugar un destacado papel en el crecimiento económico, muestran una cierta relación con los niveles de pobreza presentes en los diferentes territorios (ver Martín Reyes *et al.*, 1995; ECB, 1996, 1998a; Pérez Moreno, 2001; etc.).

En concreto, en dichos estudios se viene considerando una serie de variables socioeconómicas que pueden encuadrarse en cuatro apartados, a saber:

- a) Variables relativas a la **estructura demográfica**: tasa de población potencialmente activa, tasa de población entre 16 y 64 años, tasa de envejecimiento de la población, etc.
- b) Variables relativas a la **estructura laboral**: tasa de actividad, tasa de población ocupada, tasa de paro, tasa de ocupación, etc.
- c) Variables relativas a la **estructura productiva**: tasas de empleo agrario, empleo industrial, empleo en la construcción, empleo en el sector servicios, etc.

- d) Variables relativas a la **estructura educativa**: tasa de analfabetismo, tasa de escolaridad, tasa de población con estudios primarios, etc.

Tomando en consideración las mencionadas variables, las conclusiones que se desprenden acerca de las conexiones existentes entre tales variables y los niveles de pobreza muestran como el analfabetismo, el paro, el empleo en el sector primario y en la construcción, y el envejecimiento son las variables que reflejan mayor grado de asociación con los niveles de pobreza. Por el contrario, la pobreza azota con menos intensidad en aquellas situaciones en las que población en edad laboral, la tasa de actividad, el empleo, la industria y los servicios tienen una mayor importancia.

Asimismo, mediante la aplicación de la técnica del *path analysis* o análisis de influencias puede apreciarse como las influencias más significativas de dichas variables socioeconómicas sobre la pobreza proceden, en términos generales, de las variables estructurales representativas de la estructura educativa y demográfica, seguidas de aquellas otras que reflejan la estructura laboral y productiva.

De esta manera, puede constatarse como la pobreza, en la medida en que está imbricada en la dinámica económica general, se encuentra afectada por variables netamente representativas de tal dinámica, las cuales, a su vez, guardan relaciones muy estrechas con el crecimiento económico.

A partir de estas consideraciones, ECB (1998b) advierte de la necesidad de insertar las políticas con respecto a la pobreza dentro de la política económica global, subrayando la conveniencia de **diseñar un modelo de actuación de una manera global e integradora que incida especialmente sobre las variables socioeconómicas consideradas.**

Dadas las interconexiones manifiestas entre pobreza y sistema económico en su conjunto, en el citado trabajo se resalta, entre otras líneas de actuación a potenciar, la mejora de la distribución del capital humano, a través de una política educativa que tenga en cuenta los desequilibrios existentes; la mejora de la estructura demográfica, favoreciendo las oportunidades para su equilibrio territorial; el incremento de la tasa de actividad y la reducción del desempleo; el fomento del sector industrial y los servicios vinculados con el mismo; etc.

De esta forma, con las orientaciones políticas planteadas se pretende incidir especialmente en ciertas variables que, a tenor de los estudios realizados, parece influir tanto en la reducción de la pobreza como en la propia actividad económica en general, favoreciendo, en consecuencia, la distribución de la renta y el crecimiento económico al mismo tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- ADELMAN, I. y MORRIS, C. T. (1973): *Economic Growth and Social Equity in Developing Countries*. Stanford University Press, Stanford.
- ADELMAN, I. y ROBINSON, S. (1988): «Income Distribution and Development». En Chenery, H. y Srinivasan, T. N. (eds.): *Handbook of Development Economics*, vol. II. Elsevier Science Publishers B. V., Amsterdam.
- AGHION, P. y HOWITT, P. (1998): *Endogenous Growth Theory*. The MIT Press, Cambridge (USA).
- AGHION, P., CAROLI, E. y GARCÍA-PEÑALOSA, C. (1999): «Inequality and Economic Growth: The Perspective of the New Growth Theories», *Journal of Economic Literature*, vol. 37, num. 4, pp. 1615-1660.
- AHLUWALIA, M. S. (1974): «Income Inequality: Some Dimension of the Problem». En H. Chenery *et al.* (eds.): *Redistribution with Growth*. International Bank for Reconstruction and Development, Washington.
- AHLUWALIA, M. S. (1976a): «Income Distribution and Development: Some Stylized Facts». *American Economic Review*, vol. 66, pp. 128-135.
- AHLUWALIA, M. S. (1976b): «Inequality, Poverty and Development». *Journal of Development Economics*, vol. 3, pp. 307-342.
- AHLUWALIA, M. S., CARTER, N. G. y CHENERY, H. B. (1979): «Growth and Poverty in Developing Countries». En Chenery, H. (ed.): *Structural Change and Development Policy*. Oxford University Press.
- ALESINA, A. y DRAZEN, A. (1991): «Why are Stabilizations Delayed?». *American Economic Review*, vol. 81, núm. 5, pp. 1170-88.
- ALESINA, A. y RODRIK, D. (1992): «Distribution political conflict and economic growth». En Cubierman, A., Hercowitz, Z. y Leiderman, L. (eds): *Political Economy, Growth and Business Cycles*. MIT Press, Cambridge.
- ALESINA, A. y RODRIK, D. (1994): «Distributive politics and economic growth». *Quarterly Journal of Economics*, 109, núm. 2, pp. 465-490.

- ANAND, S. y KANBUR, S.M.R. (1993a): «The Kuznets process and the inequality-development relationship». *Journal of Development Economics*, núm 40, pp. 25-52.
- ANAND, S. y KANBUR, S.M.R. (1993b): «Inequality and development: a critique». *Journal of Development Economics*, vol 41, núm. 1, pp. 19-43.
- ATKINSON, A.B. (1998): «Equity issues in a globalizing world: the experience of OECD countries». *Conference on Economic Policy and Equity*. Fondo Monetario Internacional, Washington, 8-9 Junio.
- AYALA, L., MARTÍNEZ, R. y RUIZ-HUERTA, J. (1996): «La distribución de la renta en España desde una perspectiva internacional: Tendencias y factores de cambio». En *La desigualdad de recursos*. Fundación Argenteria- Visor, Madrid.
- AYRES, C. E. (1944): *The Theory of Economic Progress*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill (USA)
- BANCO MUNDIAL (1980): *Informe sobre el desarrollo mundial 1980*. Banco Mundial, Washington.
- BANCO MUNDIAL (1990): *Informe sobre el desarrollo mundial 1990. La pobreza*. Banco Mundial, Washington.
- BANCO MUNDIAL (1991): *Informe sobre el desarrollo Mundial 1991. La tarea acuciante del desarrollo*. Banco Mundial, Washington.
- BANCO MUNDIAL (2000): *Informe sobre el desarrollo Mundial 1999-2000. En el umbral del siglo XXI*. Banco Mundial, Washington.
- BANCO MUNDIAL (2001): *Informe sobre el desarrollo Mundial 2000-2001. Lucha contra la pobreza*. Banco Mundial, Washington.
- BARRO, R. J. (2000): «Inequality and Growth in a Panel of Countries». *Journal of Economic Growth*, vol.5, núm. 1, pp. 5-32.
- BARRO, R. J. y SALA-I-MARTIN, X. (1995): *Economic Growth*. McGraw-Hill, New York.
- BENABOU, R. (1996): «Inequality and Growth». *NBER Macroeconomics Annual*, pp. 11-76.
- BIELSCHOWSKY, R. (1998): «Evolución de las ideas de la CEPAL». *Revista de la CEPAL*, 21.
- BIGSTEN, A. (1984): *Income Distribution and Development*. Heinemann, Londres.
- BIRDSALL, N. y SABOT, R. (1994): *Inequality as a constraint on growth in Latin America*. Inter-American Development Bank, Washington (citado por DEMERY L., SEN B. y VISHWANATH, T. (1995): *Poverty, Inequality and Growth*. The World Bank, Washington).
- BOROOAH, V. K. (1988): «Income Distribution. Consumption Patterns and Economic Outcomes in the U.K.». *Contributions to the Political Economy*, vol. 7, pp. 49-63.
- BOURGUIGNON, F. (1994): «Growth, distribution and human resources». En Ranis, G. (ed.): *En Route to Modern Growth. Essays in Honor of Carlos Díaz-Alejandro*. John Hopkins University Press, Washington.

- BOURGUIGNON, F. y MORRISON, C. (1989): *External Trade and Income Distribution*. OECD, París.
- BOURGUIGNON, F. y MORRISON, C. (1990): «Income distribution, development and foreign trade: a cross-sectional analysis». *European Economic Review*, vol. 34, pp. 1113-1132.
- CAMPANO, F. y SALVATORE, D. (1988): «Economic development, income inequality, and Kuznets' U-shaped hipótesis». *Journal of Policy Modeling*, vol. 10, núm. 2, pp. 265-280.
- CEPAL (1990): *Transformación Productiva con Equidad*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (1992): *Equidad y Transformación Productiva. Un enfoque integrado*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (1997): *Fortalecer el Desarrollo. Interacciones entre macro y microeconomía*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (2000): *Equidad, desarrollo y ciudadanía*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CHATTERJEE, S. (1991): *The effect of transitional dynamics on the distribution of wealth in a neoclassical capital accumulation model*. Federal Reserve Bank of Philadelphia, Working Paper.
- CHENERY, H. y SYRQUIN, M. (1975): *Patterns of Development, 1950-1970*. Oxford University Press, New York
- CLARKE, R. (1995): «More evidence on income distribution and growth». *Journal of Development Economics*, núm 47, pp. 403-427.
- CLINE, W. (1975): «Distribution and Development: A Survey of the Literature». *Journal of Development Economics*, núm. 1, pp. 359-400.
- COLEMAN, J. (1990): *Foundations of social theory*. Harvard University Press, Cambridge (USA).
- DANZINGER, S. y GOTTSHALH, P. (1989): «Increasing Inequality in the US: What We Know and What We Don't». En Davidson, P. y Kregel, J.: *Macroeconomic Problems and Policies of Income Distribution*. Edward Elgar, Aldershot.
- DEININGER, K. y SQUIRE, L. (1996): «A New Data Set Measuring Income Inequality». *The World Bank Economic Review*, vol. 10, núm. 3, pp. 565-591.
- DEININGER, K. y SQUIRE, L. (1998): «New ways of looking al old issues: inequality and growth». *Journal of Development Economics*, vol. 57, núm. 2, pp. 259-287.
- DEMERY L., SEN B. y VISHWANATH, T. (1995): *Poverty, Inequality and Growth*. The World Bank, Washington.
- DUMKE, R. (1991): «Income Inequality and Industrialization in Germany, 1850-1913: the Kuznets Hipotesis Rre-examined». En Brenner, Y. S., Kaelble, H. y Thomas, M.: *Income Distribution in Historical Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge (United Kingdom).
- ECB (1996): *La medición de la pobreza en Andalucía*. Universidad de Málaga, Málaga.

- ECB (1998a): «Pobreza y desarrollo en España». En EDIS *et al.*: *Las condiciones de vida de la población pobre en España*. FOESSA, Madrid.
- ECB (1998b): «La política económica ante la pobreza». En EDIS *et al.*: *Las condiciones de vida de la población pobre en España*. FOESSA, Madrid.
- ELKAN, W. [1973] (1975): *Introducción a la teoría económica del desarrollo*. Alianza, Madrid. Obra original: *An Introduction to Development Economics*. Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Middlesex (United Kingdom).
- EUSUFZAI, Z. (1997): «The Kuznets hipótesis: An indirect test». *Economic Letters*, núm. 54, pp. 81-85.
- FEI, J.C.H., RANIS, G. y KUO, S. (1978): «Growth and the Family Distribution of Income by Factor Components». *Quarterly Journal of Economics*, febrero, pp. 17-53.
- FERREIRA, F. H. (1999): «Inequality and Economic Performance. A brief overview to Theories of Growth and Distribution». www.worldbank.org/poverty/inequal/index.htm
- FIELDS, G. S. (1980): *Poverty, Inequality and Development*. Cambridge University Press.
- FIELDS, G. S. (1991): «Growth and Income Distribution». En Psacharopoulos (ed.): *Essays on Poverty, Equity and Growth*. Pergamon.
- FIELDS, G. S. (1995): «La curva de Kuznets: una buena idea pero ...». *Cuadernos Económicos de ICE*, núm. 61, pp. 59-77.
- FIGUEROA, A. (1998): «Equidad, inversión extranjera y competitividad internacional». *Revista de la CEPAL*, núm. 65, pp. 45-58.
- GALOR, O. y TSIDDON, D. (1997): «Technological Progress, Mobility and Economic Growth». *American Economic Review*, vol. 87, pp. 363-382.
- GALOR, O. y ZEIRA, J. (1993): «Income distribution and macroeconomics». *Review of Economic Studies*, vol. 60, pp. 35-52.
- GARCÍA LIZANA, A. (2000): «Fronteras en el tiempo. Una aproximación al estudio de la dinámica evolutiva en el pensamiento económico de Averroes e Ibn Jaldún». En Toro Cevallos, F. y Rodríguez Molina, J. (coord.): *III Estudios de Frontera. Convivencia, Defensa y Comunicación en la Frontera*. Diputación Provincial de Jaén, Jaén.
- GARCÍA-PEÑALOSA, C. (1995): «The Paradox of Education or the Good Side of Inequality». *Oxford Economic Papers*, núm. 47 (2), pp. 265-285.
- GRADSTEIN, M. y JUSTMAN, M. (1994): «On the Political Economy of the Kuznets Curve». *Ben Gurion University Working Paper*, 94-09.
- GREENWOOD, J. y JOVANAVIC, B. (1990): «Financial Development, Growth and the Distribution of Income». *Journal of Political Economy*, vol. 98, núm. 5, pp. 1076-1107.
- HELPMAN, E. (1997): *General Purpose Technologies and Economic Growth*. MIT Press, Cambridge.

- HIGGINS, B. [1959] (1970): *Desarrollo económico. Principios, problemas y políticas*. Vol. I. Gredos, Madrid. Obra original: *Economic development. Principles, problems and policies*. Vol. I. Norton & Company, New York.
- HOUNIE, A.; PITTALUGA, L.; POCILE, G. y SCATOLIN, F. (1999): «La CEPAL y las nuevas teorías del crecimiento». *Revista de la CEPAL*, núm. 68, pp. 7-33.
- IGLESIAS, E. (1998): «Income distribution and Sustainable Growth: a Latin America perspective». En Tanzi, V. y Chu, K. (eds.): *Income Distribution and High-Quality Growth*. The MIT Press, Cambridge.
- JHA, S. (1996): «The Kuznets curve, a reassessment». *World Development*, vol. 25, núm. 4, pp. 773-780.
- KAWACHI, Y., KENNEDY, B. y KIMBERLY, L. (1997): «Long live community: social capital as public health». *The American Prospect*, núm. 35, pp. 56-59.
- KEYNES, J. M. [1936] (1973): *The General Theory of Employment, Interest and Money*. En Mooggridge, D. (ed): *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, VII. Royal Economic Society, London.
- KLIKSBERG, B. (1998): «Economía y pobreza. La trascendencia del Premio Nobel para Amartya Sen.». *Clarín Digital*, 18-X-98. Buenos Aires (Argentina). www.clarin.com.ar/suplementos/economico/98-10-18/o-02001e.htm
- KLIKSBERG, B. (1999): «Desigualdad y desarrollo en América Latina: El debate postergado». Conferencia pronunciada en el marco de *Buenos Aires Sin Fronteras. Un espacio para el diálogo*. Buenos Aires, 26-27 Abril.
- KRAVIS, I. (1960): «International Differences in the Distribution of Incomes». *Review of Economics and Statistics*, noviembre, pp. 408-416.
- KUZNETS, S. (1955): «Economic growth and income inequality». *American Economic Growth*, núm. 45, pp. 1-28.
- KUZNETS, S. [1966] (1973): *Crecimiento Económico Moderno*. Aguilar, Madrid. Obra original: *Modern Economic Growth*. Yale University Press, Yale.
- LARRAÍN, B. F. y VERGARA, M. R. (1998): «Income distribution, investmet and growth». En Solimano, A. (ed.): *Social Inequality. Values, Growth and the State*. The University Michigan Press, Michigan
- LECAILLON, J. *et al.* (1984): *Income Distribution of Economic Development: An Analytical Survey*. International Labour Office, Geneva.
- LI, H. y ZOU, H. (1998): «Income Inequality is not harmful for Growth: Theory and Evidence». *Review of Development Economics*, vol. 2, pp. 318-334.
- LI, H., SQUIRE L. y ZOU, H. (1996): *Explaining International and Intertemporal Income Inequality*. World Bank, Washington.

- LINDERT, P. H. y WILLIAMSON, J. G. (1985): «Essays in Exploration: Growth, Equality and History». *Explorations in Economic History*, núm. 22, pp. 341-377.
- LONDOÑO, J. L. (1990): *Human Capital and Long Run Swings of Income Distribution: Colombia 1938-1988*. Mimeo.
- LYDALL, H. (1977): *Income Distribution During the Process of Development*. International Labour Office, Geneva.
- MARSHALL, A. [1890] (1961): *Principles of Economics*. Macmillan and Company Limited, London.
- MARTÍN REYES, G.; GARCÍA LIZANA, A. y FERNÁNDEZ MORALES, A. (1995): *Distribución de la renta y crecimiento económico: el caso de Andalucía*. Instituto de Desarrollo Regional de la Universidad de Sevilla, Sevilla.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1999): «Subdesarrollo y desarrollo económico en el mercantilismo español». En Fuentes Quintana, E. (dir.): *Economía y Economistas Españoles*, vol. II. *De los orígenes al mercantilismo*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- MEIER, G. y BALDWIN R. [1957] (1973): *Desarrollo Económico. Teoría Historia Política*. Aguilar, Madrid. Obra original: *Economic Development. Theory History Policy*. John Wiley and Sons, New York.
- MILANOVIC, B. (1995): *Poverty, Inequality and Social Policy in Transition Economies*. Transition Economics Division, Research Paper, núm. 9. The World Bank, Washington.
- MYRDAL, G. (1968): *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*. Random House, New York.
- MYRDAL, G. [1970] (1973): *Reto a la pobreza*. Ariel, Espluges de Llobregat. Obra original: *The Challenge of World Poverty*. Patheon Books.
- NAVARRO, V. (1995): «Protección social, flexibilidad laboral y desempleo». *Sistema*, núm. 129, pp. 41-60.
- NIROOMAND, F. y NISSAN, E. (1996): «El compromiso entre crecimiento y equidad». *Información Comercial Española*, núm. 753, pp. 97-105.
- OSHIMA, H. (1962): «The international comparison of size distribution of family incomes, with reference to Asia». *Review of Economics and Statistics*, núm. 54, pp. 439-445.
- OXFAM (1997): «Crecimiento con Equidad: una agenda para la reducción de la pobreza». www.rcade.org/deuda/articulos/crecimeiento.rtf
- PAPANEEK, G. y KYN, O. (1986): «The effect on income distribution of development, the growth rate and economic strategy». *Journal of Development Economics*, vol. 23, pp. 55-65.
- PARK, K. H. (1996): «Income inequality and economic progress: an empirical test of the institutionalist approach». *American Journal of Economics and Sociology*, vol. 55, núm. 1, pp. 87-96.

- PAUKERT, F. (1973): «Distribución del ingreso en diferentes niveles de desarrollo». *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 88, núm. 2-3, pp. 107-139.
- PÉREZ MORENO, S. (2001): «Análisis Socioeconómico de la Pobreza en las Provincias Españolas». *Estudios de Economía Aplicada*, núm. 19, pp. 107-122.
- PEROTTI, R. (1993): «Political Equilibrium, Income Distribution and Growth». *Review of Economic Studies*, 60, 4, pp. 755-76.
- PERSSON, T. y TABELLINI, G. (1992): «Growth, distribution and politics». *European Economic Review*, núm. 36, pp. 593-602.
- PERSSON, T. y TABELLINI, G. (1994): «Is inequality harmful for growth?». *American Economic Review*, vol. 84, núm. 3, pp. 600-621.
- PREBISH, R. (1970): *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- PREBISH, R. (1981): *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- PUTNAM, R. (1994): *Para hacer que la democracia funcione*. Editorial Galac, Caracas (Venezuela).
- RAM, R. (1988): «Economic Development and Income Inequality; Further Evidence on the U-Curve Hypothesis». *World Development*, vol. 16, núm. 11, pp. 1371-1376.
- ROBINSON, S. (1976): «A Note on the U Hypothesis Relating Income Inequality and Economic Development». *American Economic Review*, vol. 66, núm. 3, pp. 437-440.
- RUIZ BRAVO DE MANSILLA, G. (1982): *Igualdad humana y realidad económica*. Pirámide, Madrid.
- SAINT PAUL G. y VERDIER T. (1996): «Inequality, redistribution and growth: a challenge to the conventional political economy approach». *European Economic Review*, vol. 40, núm. 3-5, pp. 719-728.
- SAITH, A. (1983): «Development and Distribution: A Critique of the Cross Country U Hipótesis». *Journal of Development Economics*, núm. 13, pp. 367-382.
- SEN, A. (1992): *Inequality reexamined*. Harvard University Press, Cambridge (USA).
- SMITH, A. [1776] (1983): *Investigación de la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. Vol. I. Orbis. Obra original: *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*.
- SOLIMANO, A. (1998): «Crecimiento, justicia distributiva y política social». *Revista de la CEPAL*, núm. 65, pp. 31-44.
- SOLOW, R. (1956): «A contribution to the Theory of Growth». *Quarterly Journal of Economics*, núm. 70, pp. 65-90.
- STIGLITZ, J. E. y WEISS, A. (1981): «Credit rationing in markets with imperfect information». *American Economic Review*, vol. 71, pp. 393-409.

- STREET, J. H. (1987): «The Institutional Theory of Economic Development». *Journal of Economic Issues*, vol. XXI, núm. 4, pp. 1861-87.
- STRIN, S. y LAIDLER, D. (1995): *Microeconomía*. Prentice Hall. Obra original: *Introduction to Microeconomics*. Harvester Wheatsheaf-Simon & Schuster International Group, Hertfordshire (United Kingdom)
- THOMAS, M. (1991): «The Evolution of Inequality in Australia in the Nineteenth Century». En Brenner, Y. S., Kaelble, H. y Thomas, M.: *Income Distribution in Historical Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge (United Kingdom).
- TODARO, M. P. [1977] (1982): *Economía para un mundo en desarrollo*. Fondo de Cultura Económica, México. Obra original: *Economic for a Developing World*. Longman Group Limited, London.
- TSIDDON, D. (1992): «A moral hazard trap to growth». *International Economic Review*, vol. 33, pp. 299-321.
- VEBLEN, T. (1923): *Absentee ownership and Business Enterprise in Recent Times: The Case of America*. Huebsch, New York.
- VICENTE PERDIZ, J. y BORGE GONZÁLEZ, L. (2000): «Desarrollo y desigualdad con progreso técnico». *Investigaciones Económicas*, vol. 24, núm. 3, pp. 709-726.
- WEEDE, E. (1997): «Income inequality, democracy and growth reconsidered». *European Journal of Political Economy*, núm. 13, pp. 751-764.
- WEISSKOFF, R. (1970): «Income Distribution and Economic Growth in Puerto Rico, Argentina and Mexico». *Review of Income and Wealth*, diciembre, pp. 303-332.
- WILLIAMSON, J. G. (1985): *Did the British Capitalism Breed Inequality?*. Allen and Unwin, Boston.
- WILLIAMSON, J. G. y LINDERT, P. H. (1980): *American Inequality: A Macroeconomic History*. Academic Press, New York.
- ZAYAS FUENTES, S. (2001): «Vigencia Actual del Pensamiento de Raúl Prebisch. Un marco de análisis de la distribución de la renta en la periferia». *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, núm. 38, pp. 61-85.